



La Construcción imperial y dominación: EE.UU. y Latinoamérica

James Petras

Introducción

Muchos escritores, periodistas y académicos, con la excepción de algunos dinosaurios intelectuales, han reintroducido el concepto de imperialismo en sus análisis sobre la estructura del poder mundial. Los debates anteriores centrados en “la hegemonía” se han mostrado inadecuados para explicar el nuevo énfasis de los constructores imperiales estadounidenses en la coerción, la invasión, la ocupación militar, y el dominio por la fuerza. Hace cincuenta años la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) describió la economía mundial en los términos de “centro” y “periferia”, veinte años más tarde los teóricos del sistema mundial añadieron una semi-periferia. Estos términos, ampliamente desprovistos de cualquier especificidad histórica, de clase o estado, ya no se consideran útiles por la mayoría de los escritores críticos del mundo contemporáneo.

Todas las preguntas importantes a las que nos enfrentamos hoy respecto a la naturaleza y dirección de las relaciones de poder internacionales, la naturaleza de los crecientes conflictos, las conquistas y la resistencia giran alrededor de la naturaleza y dinámica del imperialismo (especialmente del más poderoso y agresivo poder imperial, el de los Estados Unidos de América).

Se han planteado cuestiones fundamentales respecto a la sostenibilidad del imperio estadounidense (al menos en su actual estructura militar y económica). La pregunta más común, en su forma más simple, es si el imperio de EEUU está en ascenso o si está en declive. Aunque a primera vista éste parece ser el “asunto principal”, en realidad oscurece las cuestiones más fundamentales que deben formularse referidas a las vinculaciones entre la política y economía internas (domésticas) respecto al imperio, las relaciones de clase y las políticas que apoyan y se enfrentan al imperio, y la capacidad política del imperio para sostener la expansión exterior y el declive interno. Argüir, como hacen algunos académicos, que el imperio está en declive debido a que está “sobre-expansionado” (Kennedy, Hobsbawm, Wallerstein) es desestimar la capacidad de la clase dirigente imperial para continuar reasignando recursos desde la economía doméstica hacia el imperio, para mantener el estado, los medios de comunicación, las instituciones partidarias que afianzan la continuación de la construcción imperial y, lo que es más importante, la capacidad de reclutar clientelas al servicio del imperio.

La continua dinámica de expansión imperial, que incluye la conquista militar de tres regiones (Balcanes, Afganistán e Irak), tiene lugar con la aprobación activa de la inmensa mayoría de los ciudadanos estadounidenses que están sufriendo los peores recortes sociales y económicos de los programas gubernamentales y la legislación fiscal más regresiva de la historia reciente. Claramente, los impresionados comentaristas que pretendieron ver las ocasionales manifestaciones de Seattle, Washington y otras ciudades contra la globalización y la guerra de Irak como un desafío y debilitación del imperio estaban equivocados. Una vez iniciada la guerra las grandes manifestaciones finalizaron y no existe ningún movimiento de masas que se oponga a la sangrienta ocupación colonial y apoye la resistencia anticolonial. Igualmente grave, desde la perspectiva metodológica, es que los críticos del poder imperial son incapaces de explicar la naturaleza de la doctrina imperial a lo ancho del mundo (librar guerras imperiales “en cualquier parte y durante el previsible futuro” según la doctrina de Bush). Al centrarse en el objetivo más visible y obvio (en el caso de Irak, el petróleo) las críticas de los activistas pasan por alto los múltiples lugares de continuada intervención militar imperialista en Latinoamérica, África y Asia (Colombia, Yibouti, Filipinas, etc.). El petróleo es un componente



importante de la construcción del imperio, pero también lo es el poder, el control y dominación de los estados clientelares, así como de los rivales e independientes.

Para entender adecuadamente a nivel mundial la agresión política y militar de los constructores del imperio estadounidense debemos fijarnos en el ámbito y alcance del imperio económico de los EE.UU. Para comprender debidamente si el imperio estadounidense está en declive o en expansión debemos distinguir entre la economía doméstica o interna (lo que llamaré “la república”) y la economía internacional (a la que llamo “imperio”).

El imperio económico estadounidense

Una de las medidas claves para conocer la dimensión económica del imperio estadounidense es el número y porcentaje de sus corporaciones multinacionales (CMNs) y bancos entre las primeras 500 empresas del mundo en comparación a otras regiones económicas. Casi todos los analistas económicos están de acuerdo en que la fuerza impulsora de la economía mundial, las instituciones fundamentales para las inversiones internacionales, las transacciones financieras y el comercio mundial son las CMNs. Igualmente importante es entender que ningún estado puede aspirar a la dominación global si sus principales instituciones económicas, las CMNs, no desempeñan un papel primordial en la economía mundial. Cualquier debate serio sobre la presente y futura supremacía imperial estadounidense está obligado a analizar la distribución de poder entre las CMNs en competencia.

Hay varias maneras de evaluar las “CMNs punteras”. He seguido el enfoque del Financial Times (FT) y he utilizado los datos que ha compilado. El FT clasifica a las compañías según su capitalización bursátil, es decir, según la valoración de sus acciones. Cuanto mayor sea el valor de mercado de una compañía más alta será su clasificación. La capitalización bursátil es igual al precio de la acción multiplicado por el número de acciones emitidas. Sólo las compañías en las que cotizan libremente más del 85% de las acciones se incluyen, quedan así excluidas las compañías que tienen grandes participaciones estatales o los holdings familiares.

Las CMNs estadounidenses dominan la lista de las 500 corporaciones principales del mundo. Casi la mitad de las CMNs más grandes (48%) son propiedad y están dirigidas por estadounidenses, duplicando casi a su siguiente competidor regional, Europa, que tiene el 28%. Los japoneses poseen solo el 9% del total de CMNs y el resto de Asia (Corea del Sur, Hong-Kong, India, Taiwán, Singapur, etc...) posee en conjunto menos del 4% de las 500 empresas y bancos más grandes. La concentración del poder económico estadounidense es aún mayor si miramos las 50 CMNs más grandes (en este caso más del 66% son de propiedad estadounidense); y el poder de los gigantes económicos de EE.UU. es aún más evidente cuando examinamos las 20 primeras CMNs, donde más del 70% son de propiedad estadounidense. Entre las 10 CMNs principales EE.UU. controla el 80%.

Muchos apasionados analistas que citan el descenso del valor bursátil de las CMN estadounidenses como indicador de un declive general en la posición global de EEUU omiten que el valor bursátil de las CMNs de Europa, Japón y resto del mundo cayó también (en igual o mayor grado) neutralizando de este modo el efecto de la caída estadounidense en la amplia dominación que ejercen las CMNs de EE.UU.

Podemos examinar otras diferentes formas de medir el continuado y consolidado poder económico del imperio estadounidense. Si entre las primeras 500 firmas comparamos la capitalización neta de las CMNs estadounidenses con la de las CMNs de otras regiones, encontramos que el valor las CMNs estadounidenses sobrepasa la valoración conjunta de todas las demás regiones. La valoración de las CMN estadounidenses está comprendida entre 7.445 mil millones de \$ y 5.141 mil millones de \$. Las CMNs estadounidenses tienen un valor de mercado superior al doble del de su competidor más próximo, Europa.

El argumento respecto al creciente y consolidado imperio económico mundial estadounidense queda más reforzado si examinamos los ocho sectores económicos que lideran la economía mundial, a saber, banca, productos farmacéuticos, telecomunicaciones, hardware de tecnología de la información, petróleo y gas, software y servicios para ordenadores, seguros y detallistas en general. Las CMNs estadounidenses son mayoría entre las primeras del ranking en



cinco sectores, tienen el 50% en un sector (petróleo y gas) y son una minoría en un sector (seguros). La misma pauta se cumple cuando examinamos la denominada “vieja economía”. Las CMNs estadounidenses de la vieja economía, que incluye minería, petróleo y automoción, productos químicos y bienes de consumo, ascienden a 45 de entre las 100 primeras CMNs. Entre las 45 principales CMNs vinculadas a las manufacturas las CMNs estadounidenses poseen 21, Europa 17, Japón 5 y el resto del mundo 2. EE.UU. cuenta con la compañía principal en 23 de 34 grupos industriales. Las CMNs estadounidenses controlan casi el 59% de las principales compañías manufactureras y mineras (igualan casi la suma de las CMNs europeas y japonesas). La mayor área de debilidad estadounidense está en el sector de la electrónica donde EE.UU. posee sólo 2 de las 23 principales empresas.

En la medida que las CMNs son la base y la fuerza que guía la construcción económica imperial está claro que EE.UU. es aún dominante al controlar y mostrar todavía poco o ningún signo de “debilidad”, “declive” o pérdida de clasificación respecto a Japón o Europa. La tesis de una economía “sobre-extendida” o “declinante” tiene poca base. La reciente burbuja especulativa solo ha afectado a áreas del sector de las tecnologías de la información (TI), pero esta también ha afectado a los competidores de EE.UU. Además, mientras el sector de las TI decreció, sectores de la “vieja economía” se han expandido. E incluso dentro del área de las TI ha habido un proceso de concentración y centralización de capital (con Microsoft, IBM y otros pocos gigantes estadounidenses avanzando en el ranking mientras muchos otros caen).

Aunque el fraude y la corrupción han afectado la confianza de los inversores en las CMNs estadounidenses, también en Europa y Japón ha ocurrido lo mismo. El resultado ha sido un descenso general en la valoración de mercado de todas las CMNs en los tres centros competidores imperiales (EE.UU., UE, Japón). El descenso en todo el mundo en la valoración de las acciones es evidente si comparamos los totales de 2002 y 2003: en 2002 el valor neto era de 16.250 mil millones de \$ en comparación con 12.580 mil millones de \$ en 2003 (un 22.6% de bajada). Sin embargo, aproximadamente el 50% de la caída tuvo lugar en el sector del hardware de las TI.

El hecho indiscutible es que el imperio económico estadounidense es dominante y está en fase ascendente (su amplitud y alcance superan al de sus rivales europeos y japoneses en más del doble en la mayoría de los casos). Los abogados defensores del “imperio en declive”, o prescinden de los elementos económicos estructurales del imperio de EE.UU., o recurren a predicciones a largo plazo basadas en comparaciones históricas que concluyen que en algún momento futuro el imperio estadounidense entrará en declive como lo han hecho todos los imperios (Hobsbawm). Las predicciones históricas a largo plazo sobre un declive inevitable tienen la virtud de consolar a los miles de millones de personas que se enfrentan a la explotación y la guerra, y a los gobernantes de las naciones amenazadas con una invasión militar y la rapiña de sus lucrativos recursos naturales. Pero es totalmente irrelevante para diagnosticar el poder actual del imperio, su dinámica y las fuerzas que se organizan contra él. La tesis del declive se basa en teorizaciones abstractas y buenos deseos, en el peor de los casos, y en extrapolaciones de la economía doméstica o interna del imperio, en el mejor.

Lo que es necesario destacar es que las “contradicciones” que amenazan al imperio no son simples deducciones económicas de un supuesto “imperio sobre-extendido” que presumiblemente estimulará a “la gente” a derribar a la elite constructora del imperio, o forzará a los ideólogos imperiales a replantearse su proyecto imperialista. El imperio estadounidense es construido y apoyado tanto por los dos principales partidos políticos como por todas las ramas del gobierno, y ha seguido una trayectoria ascendente por medio de guerras imperiales, conquistas coloniales y expansión de las CMNs, en particular desde la derrota en las guerras de Indochina. Las derrotas imperiales y los momentos de declive son el resultado directo de las luchas políticas, sociales y militares (la mayoría de las cuales han tenido lugar en América Latina y Asia, y en menor medida en Europa y Norteamérica).

Militarismo e Imperio Económico



Existen pocas dudas de que el imperio económico global estadounidense ha tenido desde hace mucho tiempo y a gran escala una relación positiva con el imperio militar estadounidense. EE.UU. tiene bases militares que forman el corazón de su imperio militar en alrededor de 120 países del mundo. El militarismo estadounidense, que supone guerras, intervenciones interpuestas utilizando mercenarios, combatientes contratados, fuerzas especiales y operaciones de inteligencia encubiertas ha creado en muchas regiones del mundo, durante un prolongado período de tiempo, condiciones favorables para la expansión del imperio económico estadounidense. Los regímenes que imponen restricciones o excluyen la inversión extranjera estadounidense, rehúsan pagar deudas a los bancos estadounidenses, nacionalizan las propiedades estadounidenses de ultramar o apoyan a los movimientos nacionalistas han sido amenazados hasta la sumisión, derribados o invadidos. El resultado ha sido la imposición de regímenes clientelares favorables a la construcción del imperio estadounidense. No hay ninguna secuencia exacta entre la expansión económica y la acción militar aunque haya una superposición enorme de vínculos. En algunos casos son los intereses económicos los que imponen las bases militares o la intervención de la CIA (como fue el caso de Chile en 1973); en otros casos es la acción militar, incluyendo guerras, la que fuerza a países o regiones a someterse a la construcción económica del imperio (como en el caso de Irak en 2003).

Tampoco hay una “simetría perfecta” entre la intervención y el gasto militar imperial y la construcción económica del imperio. A veces la intervención militar va “rezagada” respecto a la expansión de las multinacionales estadounidenses, como ocurrió desde mediados de los años 1950 hasta principios de los 1960 y más tarde entre el final de las guerras de Indochina y principios de los años 1980. En otros momentos ocurre al revés y la participación militar domina los planes político económicos, como sucedió durante la guerra de Corea (1950-53), la guerra de Indochina (1965-1974), la era de Reagan (1981-1989) y la actualidad (2001-?). El “movimiento” y la “construcción” del edificio imperial no siguen una línea recta de simetría perfecta entre los componentes económicos y militares. El énfasis desproporcionado y periódico de uno u otro no conduce a la muerte del imperio, como queda de manifiesto tras una revisión del último medio siglo de imperio estadounidense.

La noción de un imperio "sobre-extendido" es un vestigio de especulación ahistórica que asume que la construcción del imperio debe seguir una especie de “modelo ideal” donde los gastos militares y los beneficios económicos van de la mano. Esto es falso por varios motivos: los beneficios de la construcción del imperio van a la elite corporativa doméstica (interna) y de ultramar, los gastos son pagados por los contribuyentes estadounidenses y las familias de bajos ingresos que proporcionan los soldados para la ocupación y el combate. Además, lo que parecen ser “desproporciones” económico-militares durante un período conducen al “equilibrio” en el siguiente. Por ejemplo, los gastos e intervenciones militares estadounidenses de la guerra fría contribuyeron a la caída de los regímenes comunistas que más tarde producirían una lluvia de ganancias, mano de obra barata y una lucrativa explotación de los recursos minerales en los países ex-comunistas y sus aliados, así como a la reducción de programas de asistencia social en Occidente. Para argumentar que el “exceso” de imperialismo militar perjudica a la construcción del imperio económico es necesario especificar si el alcance y la profundidad del control de las CMNs estadounidenses sobre la economía mundial ha disminuido, si el acceso a materiales estratégicos ha disminuido, y si los ciudadanos estadounidenses rechazan sufrir los recortes sociales, las cargas fiscales regresivas y las asignaciones presupuestarias que sostienen la construcción del imperio.

La tesis de la “sobre-extensión” del imperio militar estadounidense pasa por alto la capacidad de los constructores del imperio estadounidense en reclutar aliados subordinados y estados-clientelares para que acepten sus deberes policiales, administrativos y financieros al servicio del imperio estadounidense. En los Balcanes los europeos tienen más de 40.000 soldados que sirven bajo las órdenes de la OTAN, controlada por EE.UU. En Afganistán, fuerzas militares europeas, personal administrativo de Naciones Unidas y algunos estados clientelares del Tercer Mundo proporcionan el personal para salvaguardar el régimen marioneta de Karzai designado por EE.UU. En Irak, aliados subordinados como Gran Bretaña y estados vasallos como Polonia y otros de Europa del Este suministran auxiliares militares y civiles para



hacer cumplir el dominio colonial estadounidense. La creación de estados-clientelares en Europa del Este a gran escala y desde hace tiempo, remontándose al menos a los años 1980 con Solidaridad en Polonia, proporciona una gran reserva de apoyo político y diplomático y ejércitos a su servicio para dirigir la actual construcción imperial. Enormes bases aéreas y plataformas para el despliegue de tropas están construyéndose actualmente en Rumania y Bulgaria añadiéndose a las de Kosovo y Macedonia. Los constructores del imperio estadounidense han echado a los rusos de Asia Central y del Sur, construyendo bases aéreas en Kazajstán, Uzbekistán, Georgia y Afganistán. El reclutamiento de regímenes-clientelares desde el Báltico a Oriente Medio, Asia Central y del Sur demuestra el rápido crecimiento del imperio militar estadounidense y las consiguientes nuevas oportunidades de las CMNs estadounidenses para la expansión del imperio económico. Este extenso imperio ha llevado a la formación de alianzas regionales imperiales dominadas que suministran nuevos reclutamientos militares para sostener y consolidar la expansión imperial. En lugar de ver la construcción del imperio estadounidense como un proceso de "sobre-extensión" debería ser visto como un proceso de ensanchamiento del fondo común con nuevos reclutamientos que refuerzan el mando militar estadounidense. El poder estadounidense ha aprendido a dar de lado al poder multilateral compartido con sus competidores-aliados imperiales europeos, favoreciendo la subcontratación de la ocupación militar y las funciones policiales en las nuevas clientelas de Europa Oriental, Asia Central y Asia del Sur.

Durante el crecimiento y expansión del imperio estadounidense la Unión Europea ha seguido en pos de sus conquistas financiando y proporcionando administradores militares y civiles. El breve interludio de desacuerdo alemán, francés y belga antes de la invasión estadounidense de Irak fue seguido del servilismo casi total hacia la política imperial estadounidense (beligerantes e impertinentes demandas y ataques a Irán, Corea del Norte y Cuba); compromisos para seguir las pautas de EEUU en el despliegue de una fuerza militar rápida; respaldo a la ocupación de Irak por los EEUU (Resolución 1483 del Consejo de Seguridad) y de modo más general un reconocimiento de que, en palabras del sumiso Ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Europea, Javier Solana, "No queremos competir con Estados Unidos (sería absolutamente ridículo) sino ver el problema conjuntamente". La Unión Europea acepta su papel (según lo definieron Rumsfeld o Wolfowitz) como un aliado subordinado del mando estadounidense en la dominación mundial, que busca asegurarse un lugar en el pesebre económico y participaciones menores en el poder delegado y en cualquiera de los contratos y empresas privatizadas. Aquellos teóricos imperiales que defendieron el aumento de la independencia y competencia europea como una forma de debilitar el imperio estadounidense deberían leer a Romano Prodi, Presidente de la Comisión Europea, que en una declaración de prensa en Washington durante junio de 2003 decía, "Cuando Europa y EE.UU. están unidos, ningún problema o enemigo puede hacernos frente; si no estamos juntos cualquier problema puede convertirse en una crisis". Prodi y Solana representan el nuevo pensamiento de Europa: mejor colaborar con un imperialismo victorioso y asegurarse ventajas menores que ser castigados, intimidados y excluidos de las nuevas colonias. Los constructores del imperio estadounidense dan la bienvenida al nuevo pensamiento y lo animan, teniendo en cuenta la promesa de la Unión Europea de ayudar a sufragar los gastos iniciales de ocupación y construcción del estado colonial sin desafiar la supremacía estadounidense.

Hasta la fecha, incluida la fase actual de guerras estadounidenses de conquista imperial, no existen signos de que el militarismo global esté erosionando la construcción del imperio económico estadounidense. Las CMNs estadounidenses siguen dominando la banca, manufacturas, TI, industrias farmacéuticas, petróleo y gas. La invasión iraquí ha reforzado el control y acceso de los estadounidenses a las segundas mayores reservas de petróleo y gas del mundo. En tercer lugar, no existe una inminente rebelión popular ni un rechazo ciudadano a la construcción imperial. En medio de la conquista colonial, más de la tercera parte de los ciudadanos estadounidenses (la proporción más alta en el mundo) dicen estar "muy orgullosos de su país"; más de ocho de cada diez personas apoyan la invasión de Irak aún cuando es público y notorio que la justificación del Presidente Bush para la guerra (eliminar las armas de destrucción masiva) ha resultado ser una pura fabricación. A pesar de la reducción de impuestos



más regresiva de la historia reciente, el recorte a gran escala de los gastos sociales y el enorme déficit presupuestario, los ciudadanos de EE.UU. no muestran ningún signo de protesta de masas. El movimiento pacifista de enero-febrero de 2003 desapareció casi completamente tras el éxito de la conquista militar y la ocupación de Irak. En resumen, la extensión de la actividad militar desde los Balcanes pasando por Oriente Medio hasta el Sur de Asia, no ha afectado desfavorablemente la posición económica internacional de las CMNs estadounidenses, ni ha minado el apoyo político interno a los arquitectos del imperio.

Mientras el imperio prospera y proliferan las bases militares estadounidenses, la “república”, la economía dentro de las fronteras territoriales de EE.UU. se debilita, su sociedad de clases se hace más polarizada, y su política más represiva.

El declive de la República

Hay en EE.UU. dos “economías” y actividades estatales distintas pero interrelacionadas, el imperio, que comprende el mundo de las multinacionales, el aparato militar global y las instituciones financieras internacionales vinculadas al estado imperial; y la república, que es la economía, las instituciones estatales y las clases sociales ubicadas en EE.UU. que proporcionan los soldados, directivos, impuestos y mercados que sostienen el imperio. El crecimiento del imperio ha empobrecido la economía interna visiblemente y de muchas maneras a la vez que ha enriquecido a los altos ejecutivos y gerentes empresariales (y sus amplios séquitos), aquellos que dirigen y se benefician de las actividades exteriores de las CMNs. Los constructores del imperio estadounidense han añadido más de 100 mil millones de dólares a los gastos militares para financiar las guerras de Irak y Afganistán, recortando los programas de sanidad, educación y bienestar social. Hay actualmente más de 50 millones de ciudadanos estadounidenses sin ninguna cobertura de salud, otros 50 millones con cobertura parcial e inadecuada y muchos millones más que gastan hasta un tercio de sus ingresos netos para obtener una cobertura médica adecuada. Los fondos de pensiones y seguridad social se redujeron para cubrir los gastos corrientes e impedir que el déficit presupuestario siguiera creciendo fuera de control. La financiación del imperialismo ha llevado a un déficit presupuestario estimado de 400 mil millones de dólares en el año 2003 que puede aumentar ya que la ocupación militar de Irak alcanzará al menos los 80 mil millones de dólares. La producción industrial interna o doméstica, en particular la industria automovilística, ha visto como caía bruscamente el margen de beneficios, la Ford por ejemplo, ha sufrido pérdidas de varios miles de millones de dólares mientras la mayoría de fabricantes estadounidenses han invertido dinero en el extranjero o han subcontratado a trabajadores locales en América Latina y Asia. El resultado es que las filiales de las CMN estadounidense han capturado una parte importante de las exportaciones de China al mercado de EEUU, pero han aumentado el déficit externo estadounidense durante 2003 que ha llegado a 500 mil millones de dólares y sigue subiendo. Los grandes beneficios obtenidos por las CMN reubicadas en todas partes de las nuevas economías coloniales y semicoloniales de Asia y América Latina refuerzan las instituciones imperiales mientras debilitan la economía interna o doméstica, la financiación de su presupuesto y sus cuentas exteriores.

Los “gastos insoportables de la dominación global” (según el financiero Felix Rohatyn) son en realidad “soportables” (no hay ninguna revuelta de masas a pesar del aumento de desigualdades, la disminución del nivel de vida, los agotados o inexistentes servicios sociales, las ampliaciones de la jornada laboral, las cuotas individuales más altas para los servicios sanitarios y fondos de pensiones, la corrupción y fraude generalizados, y los escándalos de robo de sus ahorros y fondos de pensiones a millones de inversores y pensionistas estadounidenses). El crecimiento del paro sobrepasa ahora, en el 2003, el 10%, incluyendo a aquellos que ya no se registran.

Los constructores imperiales gastan sumas enormes para conquistar el mundo basándose en argumentos fabricados. Aterrorizan a la población con visiones paranoicas de ataques inminentes, en búsqueda de guerras infinitas, conquista mundial y horribles matanzas de gente indefensa. Patrocinan o protegen a los terroristas de ántrax domésticos que aterraron a la población de EEUU y sirvieron para justificar el terrorismo estatal estadounidense. En general la gran mayoría de la población de los EE.UU. “se repantigó y observó” (Harold Pinter) o aún



peor, se enorgulleció y sintió un placer sacerdotal al identificarse con los inquietantes ejércitos victoriosos. Mientras que las principales ciudades estadounidenses están en bancarrota o tremendamente endeudadas, el Gobierno Federal gasta miles de millones en subsidiar a las elites agro-exportadoras por la friolera de 180 mil millones de dólares en 10 años, entregando a gigantescas CMN contratistas (Halliburton), con vínculos cercanos a los constructores imperiales, lucrativos contratos de miles millones de dólares, mientras gastan miles de millones en subvencionar a ejércitos mercenarios en Afganistán, Irak y Colombia. En medio del estancamiento interno, los constructores imperiales conceden masivos recortes de impuestos a la elite empresarial (aquella que con toda probabilidad va a invertir en las CMN que operan en el extranjero)

Para atraer miles de millones de dólares de los inversores extranjeros el estado imperial permite que los bancos multinacionales estadounidenses blanqueen decenas de miles de millones de dólares de fondos ilícitos, de multimillonarios evasores de impuestos, de banqueros corruptos y funcionarios políticos de la elite de América Latina, China, África y otras partes (según el Congreso estadounidense). En parte, los fondos para sostener el imperio están basados en la corrupción generalizada de los socios clientelares del exterior que "invierten" en la economía de EE.UU. abriendo sus países al pillaje imperial. Sin embargo, a medida que el dólar se debilita y merman las oportunidades lucrativas, el debilitamiento de la economía de la república ya no atrae altos niveles de "inversión extranjera". La inversión directa extranjera ha disminuido de 300 mil millones de dólares en el 2000 a 50 mil millones de dólares en el 2002. La república necesita 2,7 mil millones de dólares diarios en aportaciones de capital para financiar el déficit externo. La respuesta al fortalecimiento del imperio y el debilitamiento de la república consiste en mayores sacrificios sociales en casa, más proteccionismo, mayores transferencias de ganancias y pagos de intereses desde América Latina y otras regiones neocoloniales, más cruzadas moralistas, más campañas en los poderosos medios de comunicación, mentiras oficiales aún más ostensibles y nuevas guerras para recargar la infinita oferta de juicios chovinistas.

La gran estafa corporativa a millones de inversores y pensionistas estadounidenses enriqueció a sus presidentes y altos ejecutivos y financió la expansión de las CMN en el extranjero. La corrupción no fue una anomalía de presidentes y ejecutivos sin escrúpulos sino un rasgo estructural de la construcción imperial estadounidense tanto en el extranjero como en casa.

Guerras imperialistas y "República"

A pesar de las críticas ocasionales de líderes europeos y de la poco consecuente oposición en la asamblea legislativa de la "república", el régimen de Bush ha ampliado enormemente la construcción imperial sobre las bases y redes políticas y militares de sus predecesores, en particular de la presidencia de Clinton. Los constructores imperiales durante el gobierno de Clinton expandieron el imperio militar desde el Báltico a los Balcanes y más allá, hasta la ocupación parcial de Irak. Los militaristas de Bush ampliaron el imperio militar estadounidense con la conquista de Irak, Cáucaso, Asia Central, Afganistán y Sudeste asiático, un enorme archipiélago de bases aéreas, zonas de aprovisionamiento militar y fortalezas desde las que atacar y conquistar toda la hilera del sur de Asia, incluyendo Corea del Norte. En Oriente Medio Bush anuncia "una zona de libre comercio" (desde el Norte de África a Arabia Saudita, incluyendo Israel) controlada por los EEUU. Nunca ha crecido tanto el imperio militar estadounidense, ni con tanta rapidez y facilidad, lo que hace de los comentarios sobre el "declive del Imperio" charlas ociosas o auto complacientes ejercicios de "curación por la fe".

No hay duda de que ciertos sectores económicos han padecido la histérica propaganda "antiterrorista" del imperio, diseñada para asegurarse el apoyo del público a las guerras y conquistas imperiales. Los sectores adversamente afectados han sido los de las industrias aeronáuticas civiles, turismo y otras actividades relacionadas del sector servicios. Sin embargo, las subvenciones estatales a gran escala y los préstamos sin interés a dichos sectores han amortiguado los efectos.



La construcción imperial en nuestro tiempo está impulsada por factores sistémicos, reforzados por el extremismo ideológico. Los intentos simplistas de explicar la guerra mediante referencias a la influencia del complejo militar-industrial no tienen en cuenta la caída relativa del sector aeroespacial y de la defensa en el ranking de las 500 principales empresas entre el 2001 y 2002. Las conquistas imperiales hoy están basadas en el deseo de conquistar el mundo y abrir futuras oportunidades a las CMNs estadounidenses. El imperio militar está diseñado para asegurar el futuro acceso a la riqueza, no para generarla en el proceso de conquista; la guerra y la red de satélites militares están diseñados para crear una red mundial que facilite el monopolio de las ganancias a través de gobernantes clientelares dispuestos a ofrecer los derechos de explotación a las CMN estadounidenses.

“La construcción imperial no es ninguna fiesta”, me dijo una vez un coronel retirado de los Marines de EE.UU., refiriéndose a las sistemáticas violaciones de derechos humanos que acompañan a las guerras y conquistas imperiales. Nada capta tan bien la deliberada, planeada, violenta conquista y brutal ocupación que supone la construcción imperial estadounidense, como la oposición de EE.UU. a la Corte Penal Internacional y el perverso pulso que ha obligado a más de 50 países a firmar pactos bilaterales que proporcionan impunidad al personal militar estadounidense. Pero no es la naturaleza inhumana de las guerras imperiales, ni las groseras violaciones de las Leyes internacionales, ni la fabricación de provocaciones para justificar la conquista colonial lo que causa grietas en el bloque de poder gobernante (dirigentes políticos y elites empresariales) sino las relaciones entre quienes dirigen la construcción del imperio militar y los que dirigen la construcción del imperio económico sobre el mejor modo de construir el imperio y consolidar la autoridad sin minar la capacidad de la república para financiar el estado imperial.

Conflicto de Clases inter-gubernamental

Hay varios niveles en los que se produce la lucha entre las élites respecto a la construcción imperial. El tema primero y más general es la cuestión de la relación entre los militaristas y los constructores empresariales del imperio. Aunque ambos comparten una visión común de un “imperio estadounidense dominante”, discrepan (al menos algunos) respecto al grado de “autonomía” con el que actúan los militaristas (elaborando a veces estrategias militares que se concentran más en la conquista que en los costes y beneficios económicos). Las exitosas conquistas militares han aumentado el poder e independencia de los militaristas en el diseño de la estrategia global por encima y en contra de algunos intereses de los constructores económicos imperiales en el sector privado.

La segunda cuestión son las distorsiones en la construcción imperial estadounidense generadas por estrategias clave del imperio debido a sus vínculos con el sionismo y la influencia que esto tiene en el diseño de la política imperial en Oriente Medio y más allá. Sionistas como Wolfowitz, Feith, Perle y una multitud de otros arquitectos de la estrategia de conquista global, siguiendo la política israelí dirigen la política estadounidense hacia la destrucción de los adversarios árabes de Israel en todo Oriente Medio, incluso cuando son factibles propuestas “negociadas” para la expansión del imperio estadounidense. Este es claramente el caso de Irán y Siria, a pesar de la aparición de movimientos políticos liberales pro-estadounidenses y personalidades que están buscando métodos no violentos.

Igualmente dañino, a ojos de los militares convencionales y estrategias de los servicios secretos, es que los constructores imperiales sionistas han proyectado el punto de vista paranoide de la política israelí (un mundo lleno de enemigos, europeos en los que no se puede confiar, gente del Tercer Mundo que son terroristas potenciales...). Influyentes sionistas como Richard Perle siguen los preceptos de uno de los más infames políticos-militares israelíes (Moshe Dayan): “los Árabes sólo entienden el lenguaje de la fuerza”. Aunque la “filosofía” sionista-israelí es bastante mortífera en Oriente Medio, sus exponentes en Washington tienen el poder global y la capacidad para ponerla en práctica a escala mundial. La visión mundial israelí de guerras “preventivas”, “colonización”, ocupación, castigo colectivo, y empleo unilateral de la fuerza a despecho de la ley internacional ha sido adoptada por los militaristas estadounidenses



que tienen vínculos permanentes desde hace mucho tiempo con Israel y han convertido las prácticas israelíes en la guía doctrinal para la construcción imperial.

El resultado del “sesgo sionista” en la construcción estratégica imperial estadounidense ha generado varios puntos de conflicto en el seno de la elite imperial: entre los constructores imperiales económicos que buscan alianzas con dirigentes árabes del petróleo para ampliar su dominio; entre la elite profesional de militares y agencias de inteligencia estadounidenses que han sido castigados y marginados por los sionistas por no proporcionar la inteligencia “correcta” para justificar las guerras de destrucción de los enemigos de Israel. Esto llevó al Subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz a formar una estructura de inteligencia paralela compatible con la política sionista de “destruir a los enemigos de Israel”. Este falso grupo de inteligencia que se autodenomina “la cábala” no es tanto una agencia de inteligencia para recabar información fiable como una agencia de propaganda para fabricar “informes” que justifiquen la política de guerra predeterminada basada en la visión mundial israelí.

El tercer nivel de conflicto está entre Rumsfeld, el Secretario de Defensa, y los militares profesionales y de la inteligencia. Rumsfeld, como figura clave implicada en el proceso de construcción militar imperial, ha estado enérgicamente dedicado a concentrar poder en sus manos y las de su círculo personal dirigido por Wolfowitz, Perle, Boulton y otros militaristas extremistas. Rumsfeld ha pasado por encima de los profesionales del Pentágono en cuestiones como la reorganización de las fuerzas armadas, la obtención de armas, la estrategia de la guerra y las operaciones de inteligencia. Ha promocionado a oficiales militares leales sobre aquellos con mayor antigüedad y experiencia militar, y ha humillado a los que expresan el más leve desacuerdo. El comportamiento tiránico hacia altos oficiales militares es su método de sofocar cualquier desacuerdo en la elite. Sus subordinados y consejeros más leales e influyentes son aquellos que se adhieren a su estrategia extremista de construcción militar imperial: guerras sucesivas que se imbrican y combinan con encubiertos programas de asesinatos terroristas a lo ancho del mundo. No hay duda de que Rumsfeld ha sido la figura que controló la formulación y ejecución de la estrategia de conquista militar mundial (una estrategia imperial que se parece estrechamente a la de la Alemania nazi). La concentración de poder de Rumsfeld dentro de la elite imperial y la hostilidad hacia los profesionales fue expresada dramáticamente con su nombramiento del General retirado Schoomaker, antiguo comandante de las Fuerzas Especiales "Delta", que me fueron descritas por oficiales de alto rango, en el cuartel general de Delta en Fort Bragg, como una colección de “psicópatas entrenados para asesinar”. Claramente el general ex-Delta fue seleccionado precisamente porque su perfil ideológico y de comportamiento encajaba con las propias tendencias Nazis de Rumsfeld.

Las primeras diferencias y conflictos internos importantes entre Rumsfeld y las jerarquías militares y de inteligencia surgieron después de la guerra iraquí respecto a la cuestión de la inexistencia de armas de destrucción masiva (ADM) en Irak. Como las ADM fueron la justificación principal para la guerra, según la Administración de Bush, esto provocó un debate en los medios de comunicación y entre algunos miembros del congreso. El conflicto inter-elites afloró cuando los “profesionales” del ejército y de las agencias de inteligencia filtraron informes e hicieron declaraciones que cuestionaban las alegaciones de Rumsfeld en la carrera hacia la guerra. Claramente los “profesionales” esperaban señalar a Rumsfeld y a su círculo personal de “inteligencia” como responsables de “cocinar los datos” para justificar los planes de guerra de Rumsfeld-Wolfowitz. Pronto la intensidad de la lucha entre las elites por el poder burocrático había alcanzado un punto en el cual los profesionales pro-imperio estaban dispuestos a poner en cuestión una acertada guerra imperialista por verse libres de un tirano burócrata que sentían que ponía en peligro la construcción imperial con tal de llevar adelante su reducido poder personal dentro del aparato del estado imperial. Sin embargo, los militaristas con la ayuda del Congreso y los medios de comunicación fueron capaces de enterrar la cuestión (incluso tuvieron éxito en lograr el apoyo público a la guerra).

La cuarta cuestión a debate en el seno de la elite imperial gobernante es el conflicto de relaciones entre los constructores militares y económicos del imperio. Los últimos ven claramente la acción militar como un medio para alcanzar el fin (un imperio económico estadounidense dominante). Para los militares imperialistas una definición militar de la



conquista mundial se ha convertido en el objetivo estratégico, de forma que si se asume redundará eventualmente en beneficio de los constructores económicos imperiales. Esto lleva a algunos críticos e ideólogos, entre los constructores económicos imperiales, a cuestionar el conocimiento que tienen los militaristas sobre los gastos económicos (a corto y largo plazo) de una política indiscriminada de intervenciones militares y guerras permanentes. Esto puede convertirse en un debate importante sobre los métodos de construcción del imperio, pero no sobre el imperio mismo que ambos apoyan. A este debate hay que añadir la disputa sobre el “compadreo económico” que aflige a los militaristas. Entregan lucrativos contratos de posguerra a las favorecidas CMNs que están vinculadas a la pandilla de Rumsfeld-Cheney-Bush, mientras ignoran las peticiones de otros sectores empresariales.

Sin embargo, estas disputas entre capitalistas y constructores militares del imperio son claramente secundarias respecto a los poderosos intereses y políticas que los unen. A pesar de las ocasionales y actuales preocupaciones expresadas por algunos capitalistas sobre la política de guerra imperialista, la clase capitalista, y en particular las CMNs, es fuertemente partidaria de la construcción imperial de Bush-Rumsfeld.

Hay al menos siete razones por las que las CMNs apoyan a la Administración de Bush, a pesar de ciertas dudas entre capitalistas concretos que están preocupados por la doctrina neonazi de guerra permanente. Aunque algunos editorialistas de la prensa financiera y determinados capitalistas han criticado los déficit presupuestarios del régimen de Bush, la debilidad del dólar y los crecientes déficit de la balanza de pagos, la mayoría de la clase capitalista sigue proporcionando firme apoyo a la construcción imperial del régimen de Bush por motivos muy concretos. El régimen de Bush ha rechazado todos los tratados internacionales, incluyendo el protocolo de Kyoto, que impone controles medioambientales a la industria, bajando así los costes de producción a las empresas estadounidenses. En segundo lugar, la Administración de Bush proporciona miles de millones en subvenciones a la exportación en particular a grandes empresas agrícolas exportadoras, aumentando de este modo sus cuotas de mercado, su “competitividad” y sus ganancias. En tercer lugar, la Administración de Bush suministra medidas proteccionistas a más de 200 productos, lo que incluye a decenas de miles de productores no competitivos que venden en el mercado de la república (“el doméstico o interno”) bloqueando o limitando de este modo la entrada de competidores más eficientes. En cuarto lugar el régimen de Bush ha rebajado los impuestos a toda la clase capitalista (beneficiando a los presidentes y altos ejecutivos de las CMNs y a los capitalistas que operan en la “república”, incrementando así las ganancias por dividendos, plusvalías y salarios. En quinto lugar la Administración de Bush ha tolerado en gran medida (o ha participado en) el encubrimiento de la corrupción, el fraude de miles millones de dólares y los graves delitos de auditoría producidos en la mayoría de las principales CMNs y bancos. Sexto, el régimen sigue tolerando normativas bancarias negligentes promoviendo de hecho el blanqueo de miles de millones de dólares por parte de los bancos multinacionales estadounidenses. Y séptimo, la Administración de Bush ha rechazado aumentar el salario mínimo y ha seguido un plan anti-laboral, bajando los costes de la mano de obra a los grandes y pequeños grupos de negocios dedicados al sector servicios y a los talleres donde el trabajo se realiza en malas condiciones, con salarios bajos y muchas horas.

Estas y otras políticas similares proporcionan las bases económicas a largo plazo para los ajustes estructurales y a gran escala entre la Administración Bush y la clase capitalista en su conjunto. Esto explica por qué hay una colaboración estrecha entre los constructores económicos y militares del imperio, entre los constructores militares del imperio y la clase empresarial que opera en la república. El intercambio entre ellos (¡si es que tiene que haber uno!) implica ayudas estatales financieras y económicas a la elite empresarial local a cambio del apoyo político y financiero de la clase capitalista a los constructores militares del imperio.

Lo que permite a los constructores militares del imperio estadounidense proseguir en su objetivo de conquista del mundo, a pesar de la crítica inconsecuente y pasajera de sus aliados europeos, es el saber que cuentan con el apoyo sólido de Wall Street y “Main Street” (los capitalistas que producen para el mercado interior de la república). Además, el poder exterior y los vínculos empresariales de las CMNs y bancos estadounidenses con sus colegas europeos han



debilitado la intrepidez europea de desafiar la supremacía estadounidense y reforzada la mano dura de los regímenes de derechas de Berlusconi y Aznar en Italia y España.

Imperialismo: Circo sin Pan

La construcción imperial estadounidense no proporciona compensaciones económicas a los trabajadores, los empleados, y pequeños empresarios y agricultores del imperio. Su apoyo al Imperio se basa en el consumo de la propaganda estatal a través de los medios de comunicación, la simbólica gratificación de formar parte de una “potencia mundial” victoriosa y una actitud servil a la autoridad estatal establecida. La falta de un partido o movimiento de izquierdas creíble mina aún más la oposición popular. Incluso todavía peor, los que pasan por ser diarios de izquierdas o intelectuales progresistas estuvieron en gran medida apoyando las guerras de EE.UU. contra Yugoslavia, Afganistán y en menor grado Irak. Y lo que incluso es más significativo, la gran mayoría de los intelectuales de la izquierda estadounidense se unieron al coro de Bush para atacar a Cuba cuando la ejecución de los terroristas cubanos y el encarcelamiento de los agitadores financiados por EE.UU. Los movimientos “progresistas” y los periódicos estadounidenses, salvo pocas y notables excepciones, jamás han mostrado solidaridad con los movimientos de resistencia anticolonial presentes o pasados, las luchas nacionales de liberación o los regímenes revolucionarios (ya fueran el Frente Nacional de Liberación en Vietnam, la resistencia Iraquí o la revolución Cubana). La mayor parte de la oposición estadounidense es legalista (de acuerdo a la ley constitucional), y moralizadora (según los preceptos universales) estando divorciada de cualesquiera ejemplos prácticos, y mucho más de las prácticas revolucionarias del Tercer Mundo.

El estado, los medios de comunicación y el mundo de los negocios animan el compromiso estúpido y pasivo de los espectáculos de masas que crean una “identificación” apolítica (deportes y héroes y heroínas de culebrón) y refuerzan la visión imperial de un mundo de “buenos” y “malos”, donde los “tipos buenos” derrotan a los “malvados” por medio de la violencia y la destrucción

A medida que crece el imperio las pensiones empresariales consolidadas se esfuman, los gastos médicos y farmacéuticos se ponen por las nubes y el paro y la pobreza crecen por encima de las falseadas estadísticas oficiales. A julio del 2003, la tasa oficial de paro era del 6,5% (la no oficial ascendía casi al doble). La construcción imperial no crea una “aristocracia laboral” que comparta las migajas del Imperio (al menos si excluimos a los varios miles de funcionarios sindicales que obtienen cientos de miles de dólares en salarios anuales, pensiones e indemnizaciones, aunque el porcentaje de afiliados cotizantes en el sector privado es el 9% de la fuerza de trabajo). Las desigualdades se amplían: la proporción entre los ingresos de un gerente y un obrero han pasado de 80 a 1 hace veinticinco años, a 450 a 1 actualmente, y siguen aumentando. Los trabajadores estadounidenses tienen menos tiempo de vacaciones (de promedio tres veces menos que los trabajadores europeos), una vida laboral más larga, impuestos más regresivos y ninguna representación en el sistema político dado que los dos partidos dominantes están controlados por los constructores imperiales.

Las pérdidas objetivas de la clase trabajadora no han llevado a ninguna oposición significativa a la construcción imperial excepto entre los negros (que se opusieron a la guerra iraquí en buen número). El declive del estado de bienestar y la transferencia de riqueza hacia los de arriba sirve para financiar la construcción del imperio (el fin de la guerra fría fue un “dividendo imperial”). La corrupción empresarial a gran escala en una economía especulativa estancada y con paro creciente ha sido acompañada con un dramático desplazamiento a la derecha de la política imperial. Ha habido un aumento de delitos empresariales, chovinismo nacional y propagación de la ideología de la supervivencia individual. Minorías en paro y poco instruidas deciden enrolarse en el ejército imperial mientras muchos trabajadores blancos pobres manifiestan su hostilidad a los Musulmanes, Árabes y gente del Oriente Medio. Los opulentos líderes de las principales organizaciones judías dan su apoyo incondicional al carnicero Sharon y sus colegas ideológicos en el régimen de Bush, mientras éstos planean nuevas guerras imperiales que apuntan concretamente a Irán. Entre tanto, la “progresía” estadounidense



comienza una vez más su esfuerzo perenne y vano para transformar el partido demócrata pro imperial en un partido demócrata de la república.

No existen en EE.UU. desafíos importantes al imperio, al menos en el futuro previsible, ni de capitalistas disidentes (por causa de la creciente brecha entre el imperio y la república), ni de la clase trabajadora. La amenaza principal al imperio viene de fuera, de las luchas de masas existentes en el Tercer Mundo, es decir, de América Latina, Oriente Medio y Asia.

El Imperialismo y América Latina

En ninguna parte del mundo contemporáneo las relaciones económicas entre el Imperio y los regímenes del Tercer Mundo han sido tan unilaterales (tan beneficiosas para los Estados Unidos y Europa y tan perjudiciales como en América Latina). Al debatir sobre las relaciones estado clientelar/imperio es importante establecer una periodización que distinga los grados de dominación y control, la clase específica de colaboradores del imperio, y lo que es más importante, que identifique las distintas formas de construcción imperial del último cuarto de siglo.

Hablar del imperialismo como “500 años de explotación y dominación” es a la vez verdadero en términos generales y engañoso en términos concretos. Aunque los constructores imperiales europeos y estadounidenses hayan explotado a muchos de los países de América Latina la mayoría de las veces durante más de medio milenio, también es cierto que los movimientos populares latinoamericanos, los regímenes nacionalistas y socialistas han modificado o han transformado considerablemente sus relaciones con el imperio en diferentes momentos. El imperialismo se basa en relaciones estatales y de clase que por su naturaleza implican conflictos, confrontaciones y conquistas, revoluciones, contra-revoluciones y transformaciones.

En la historia reciente, los regímenes nacional-populistas desde los años 1930 a los 1960 tuvieron éxito al transformar parcialmente América Latina desde una economía basada en la exportación de materias primas a una economía industrial urbana diversificada que producía para el mercado interior. Desde los años 1970 a la actualidad, la contrarrevolución llevada por el imperio (dirigida por el estado imperial de EE.UU. y las Instituciones Financieras Internacionales (IFIs)) en alianza con capitalistas transnacionales latinoamericanos (sectores del capital vinculados a redes internacionales financieras, comerciales y de mercadotecnia) impusieron un modelo “neoliberal” por medio de regímenes clientelares. Hacia finales de los años 1990 el Imperio, que había tomado el dominio de los sectores estratégicos y dinámicos de la economía y consolidado el control de una clase política clientelar, lanzó la transición hacia la recolonización de la región denominando el proceso “Área de Libre Comercio de las Américas” (ALCA). El proceso de recolonización está bastante avanzado y se basa en los líderes tradicionales de la derecha y en el reclutamiento de nuevos gobernantes clientelares entre las filas de los renegados izquierdistas y populistas de América Latina.

En resumen podemos identificar tres períodos distintos en las relaciones estados clientelares/imperio. El período 1930-60 de dominación imperial relativamente limitada estuvo basado en el eclipse (no el desplazamiento) de las clases colaboradoras liberales de la agrominería, y la emergencia y expansión del estado nacional y las empresas industriales privadas, el comercio exterior, los regímenes de control de divisas y los bancos nacionales. El período 1970-95 supuso la privatización masiva de empresas públicas y la desnacionalización de bancos, industrias, telecomunicaciones, servicios de energía estratégicos etc... La tercera fase (período actual) implica la transformación de las conquistas económicas estratégicas en un nuevo régimen político legal (la Comisión ALCA) que confiere a los constructores imperiales estadounidenses el poder formal de la región.

La Construcción imperial: Fase I

La transición del nacional populismo al neoliberalismo se consumó mediante conflictos violentos, golpes militares, masacres, exilios forzados, y el establecimiento de un aparato estatal



(ejército y policía) leal al imperio y una clase política de gustosos cómplices del gobierno imperial. Los constructores imperiales y sus gobernantes clientelares, tanto militares como civiles, abrieron inmediatamente la región a una masiva invasión de especuladores y corporaciones multinacionales estadounidenses y europeas.

La construcción económica del imperio fue posible por los constructores militares del imperio que directa e indirectamente intervinieron para reprimir, desarticular y fragmentar la oposición popular. Los golpes militares en Brasil (1964), Bolivia (1971), Chile (1973), Argentina (1976) y los golpes civiles militares en Uruguay (1972), y Perú (1993) crearon el marco político y los acuerdos internacionales con las Instituciones Financieras Internacionales (IFIs) que revirtieron el proyecto de industrialización nacional y abrieron América Latina a la conquista de las corporaciones multinacionales estadounidenses y europeas.

A mediados de los años 1980 y bajo la presión de las masas los EE.UU. acordaron una "transición negociada" desde lo militar hacia gobiernos con base electoral de las autoritarias elites políticas, salvaguardando el marco económico "neoliberal" para impulsar la expansión del imperio económico. Entre mediados de los años 1980 hasta 2000 los imperios económicos se expandieron (tanto el Europeo (mayoritariamente español) como el estadounidense), a medida que cayeron las barreras comerciales, las mercancías estadounidenses, de la Unión Europea y Asia inundaron los mercados latinoamericanos desplazando a millones de pequeños agricultores, productores locales, fabricantes y minoristas.

Los nuevos regímenes clientelares autoritarios saquearon la economía privatizando y vendiendo miles de empresas públicas, mientras las CMNs compraban bancos y fabricantes locales, tierras y bienes inmuebles. Según un estudio reciente (Minella), en el año 1989 en Brasil los bancos extranjeros poseían el 9,6 % de las acciones bancarias, en el 2000 controlaban el 33%. En el año 2001 el capital financiero extranjero controlaba 12 de los 20 bancos más grandes de Brasil. El crecimiento del capital extranjero es casi exclusivamente resultado de la adquisición de bancos nacionales públicos y privados, no de la creación de nuevas empresas. En América Latina, un estudio sobre 212 directores de 19 sociedades financieras que representan a bancos de 14 países latinoamericanos reveló que el 55% eran representantes de bancos extranjeros. Una mayoría de los jefes de las redes financieras de Latinoamérica son banqueros norteamericanos o europeos. Estas redes financieras controlan a su vez, directa o indirectamente, propiedades industriales, comerciales e inmobiliarias. Igualmente importante, es que dichas redes establecen las condiciones para la financiación externa en colaboración con las IFIs. La mayor parte de los ideólogos clientelares de EE.UU. en América Latina se formaron en universidades de propaganda de la elite como Chicago, Harvard, Stanford etc. Por medio del terrorismo de estado y la coacción impusieron el "modelo neoliberal" centrado en el imperio. Las IFIs reforzaron el "modelo" por medio de sus políticas de ajuste estructural apoyando a los regímenes clientelares y beneficiando a las elites financieras locales vinculadas a los bancos multinacionales estadounidenses.

El modelo centrado en el imperio condujo a largo plazo al pillaje sistemático y a gran escala de todos los países de América Latina. El último estudio de la Comisión Económica para América Latina de Naciones Unidas revela, para el año 2002, que más de 69.200 millones de \$ en pagos de intereses y beneficios fueron remitidos a las oficinas centrales en los EE.UU. El estudio no incluía los varios miles de millones en pagos de derechos ("royalties"), fletes, seguros y otros honorarios por servicios, ni los miles de millones ilegalmente transferidos por las elites latinoamericanas a través de bancos estadounidenses y europeos a cuentas en el extranjero. El total saqueado a América Latina se acerca a 100 mil millones de dólares. Si calculamos esta suma durante la década 1992-2002 podemos estimar de manera conservadora que la explotación de América Latina sobrepasó el billón de dólares.

Un proceso similar de construcción imperial es evidente en la esfera del apoderamiento imperial del comercio, las instalaciones productivas y los mercados locales. Según un estudio del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA) con sede en España, más de un tercio (56) de las 150 empresas más grandes son de propiedad extranjera, la mitad son de particulares nacionales y casi el 13% (19) son firmas estatales nacionales. Sin embargo, las 75 firmas nacionales privadas sólo generan el 30% de las ventas totales de las 150 empresas más grandes. Las



empresas de propiedad latinoamericana solo representan el 22% de las exportaciones de las 150 firmas más grandes, las empresas en manos extranjeras el 15% y las firmas públicas el 63% de los ingresos por exportaciones. En otros sectores las CMNs estadounidenses y europeas controlan una parte sustancial del mercado interior, mientras que las empresas públicas nacionales son los que obtienen más ingresos de divisas.

Las CMNs estadounidenses, europeas y japonesas dominan los mercados interiores y en gran parte desplazan a los productores locales. La fórmula imperial para América Latina es exportar capital para captar los mercados interiores e importar materias primas de las empresas de propiedad pública. En el año 2002 las CMNs transfirieron 22 mil millones de dólares de beneficios por 76 mil millones de dólares de inversiones directas (una tasa de retorno de casi el 35%).

Con las empresas públicas contabilizando 245 mil millones de dólares en ventas de los que el 35% corresponden a exportaciones queda claro que el objetivo estratégico de la construcción imperial estadounidense es hacerse con el control de este sector. El foco se centra en las empresas estatales de petróleo y gas de México, Venezuela, Brasil, Ecuador, Colombia y Bolivia, así como en la Corporación Chilena del Cobre (BBVA, citado en La Jornada el 15 de junio de 2003.)

Así pues, la construcción imperial implica cuatro etapas:

1) Intervención ideológica-militar-política para imponer el “modelo centrado en el imperio” y los parámetros del debate político económico “realista” (con algunas “imperfecciones”: resistencia popular, diferentes momentos de puesta en práctica, dirigentes incompetentes, etc.).

2) Implementación de la primera ola de desregulación, privatización y desnacionalización que conduce al dominio de las elites locales vinculadas a las IFIs y a las CMNs.

3) Paso de la privatización nacional al control extranjero mediante los pagos de deudas, préstamos y compras de participaciones que conducen al apoderamiento de grandes cuotas de mercado en las liquidaciones y actividades bancarias.

4) Estímulo al control imperial político militar directo para reprimir la resistencia de las masas que resulta del pillaje de las etapas 1 a 3, y para aumentar y profundizar las privatizaciones que incluyen las de la energía rentable, las de las materias primas y la luz y las empresas públicas energéticas. La etapa cuatro es la preparación para la imposición del ALCA (la etapa final de la construcción imperial), la recolonización de América Latina.

Cómo gobierna el imperio

La clave para construir el imperio (la dinámica del imperialismo) es el papel dinámico del estado imperial y sus “casi-privados/públicos” auxiliares en el sector privado. Las CMNs y la expansión financiera en América Latina son cruciales para la acumulación, y para contrarrestar la tendencia a caer de la tasa de beneficios. Pero también es importante reconocer el papel del estado imperial en la resolución de la cuestión fundamental de los lugares (geográficos/económicos) donde se desarrollan estos procesos, el tiempo de resolución o de intento de resolución de las crisis económicas y las necesarias relaciones político sociales y el marco que permite que estas contradicciones económicas se resuelvan. La superproducción puede llevar al capitalista a la conquista de mercados exteriores, pero los “mercados” no se abrirán si los regímenes locales no son forzados a bajar las barreras mediante invasiones militares, golpes, y la colocación de economistas-ideólogos centrados en el imperio en los puestos donde se toman las decisiones. El efecto palanca de las IFIs vinculadas al estado imperial es también un componente básico en la apertura de mercados. La tasa de beneficios decreciente de sectores económicos clave (y sus principales CMNs) no se puede revertir si la legislación laboral de los estados clientelares no es “reformada” por las IFIs y la resistencia de masas organizada no es reprimida por el aparato policial y militar de las clientelas.

Tasas de retorno del treinta y cinco por ciento no están aseguradas en sociedades democráticas, participativas, con pleno empleo y derechos laborales. Las tasas de retorno exorbitantes, el pillaje de los recursos públicos, la saturación de mercados, y el pago puntual y



completo de la deuda en medio de la pobreza masiva exige la represión sangrienta de los gobernantes clientelares, lo que está mucho más allá de la capacidad de las “fuerzas de mercado”.

Las aperturas estratégicas de las CMNs requieren claramente la implicación masiva y sistemática del estado imperial. La construcción económica imperial está íntimamente relacionada con la construcción de regímenes clientelares (lo que los ideólogos imperiales llaman “construcción nacional”). El estado imperial que funciona en América Latina no sólo crea los fundamentos iniciales del desarrollo centrado en el Imperio, sino que está profundamente implicado en controlar, castigar, reclutar, corromper, cooptar y amenazar a los políticos electorales para que sirvan como colaboradores locales.

El imperio gobierna por medio de las IFIs que hacen cumplir la disciplina económica mediante préstamos, condicionamientos y amenazas (el propósito es utilizar las obligaciones de la deuda para profundizar en la privatización y forzar el cumplimiento de la política de “apertura de mercados”).

La norma de mercados abiertos se aplica a Latinoamérica pero no a EE.UU. o a la Unión Europea donde impera el proteccionismo selectivo. El estado imperial ha establecido más de 120 bases militares por todo el mundo (incluyendo más de dos docenas de bases y posiciones operacionales por toda América Latina para reclutar funcionarios y adiestrarlos ideológicamente para que se identifiquen con el imperio, se opongan a los contrincantes anti-imperiales e intervengan en momentos de crisis de régimen). Y lo que es más importante, el estado imperial interviene para influir en las elites políticas financiando a candidatos y partidos, comprando, cooptando, amenazando, y seduciendo a las figuras políticas emergentes. Los elaboradores de la política imperial fomentan los mayores vínculos con las CMNs y la mayor distancia respecto de los grupos parlamentarios populares. La última actividad implica la dedicación durante largo tiempo a figuras de la oposición de lo que el Departamento de Estado llama izquierda “responsable” o “izquierda democrática” que emite las “señales correctas”: apoyo al parlamentarismo en contraposición a la lucha de masas, compromisos que favorecen las consiguientes concesiones a las CMNs y cierta afinidad por la movilidad individual frente a la colectiva. El imperio mira de buen grado un perfil particular de gobierno personalista que proporcione un escenario o trasfondo autoritario para implementar duras normas de austeridad para la mayoría y concesiones a gran escala para los ricos, en particular los extranjeros ricos.

Los éxitos más recientes de la estrategia del estado imperial de construcción de regímenes clientelares se encuentran en Brasil y Ecuador. En ambos casos los líderes políticos, Ignacio Da Silva y Lucio Gutiérrez, fueron apoyados por movimientos populares radicales antes de que “giraran” o se convirtieran a las políticas centradas en el imperio mediante el proceso de persuasión ideológica en línea con un giro a la derecha en la dirección del aparato de su partido.

El estado imperial a través de sus vínculos formales e informales con instituciones culturales establecidas en EE.UU. (tanto privadas como públicas) recluta “estrellas” de los medios de comunicación, intelectuales arribistas, estudiantes y periodistas para diseñar y promover institutos y prácticas culturales centradas en el imperio que adiestran activistas e influyen sobre la opinión pública. El jefe de la Ayuda Exterior estadounidense exigió recientemente que las ONG financiadas por EE.UU. se olvidaran de su fachada “no gubernamental” y declararan abiertamente que son “un brazo del gobierno de los EE.UU.” (Financial Times, 13 de junio de 2003.) Hay muchos “brazos del gobierno de los EE.UU.”, declarados o no, que combinan la diversión o entretenimiento cultural y el adoctrinamiento ideológico, las noticias sobre el mundo y la propaganda imperial, las becas y subvenciones a fundaciones con modos de pensar y actuar centrados en el imperio. El estado imperial ha creado y defendido este universo cultural “público-privado” para la construcción económica imperial en Latinoamérica. En resumen, Washington gasta dólares de los contribuyentes para financiar la expansión del imperio económico estadounidense (reduciendo drásticamente la república). En ninguna parte los lazos directos entre la construcción político militar imperial y el poder están más claramente relacionados con la construcción económica imperial que en América Latina, y el proceso va hacia el gobierno colonial imperial.



Nuevas Direcciones del Imperio

La construcción imperial ha tomado una dirección nueva y más agresiva en el nuevo milenio: se ha embarcado en una serie de guerras imperialistas y conquistas llevadas a cabo por el estado imperial y dirigidas por ideólogos militaristas. En el curso de dos años EE.UU. ha librado dos guerras de conquista, innumerables asesinatos e intervenciones por todo el mundo mediante clandestinas “operaciones de las fuerzas especiales” y el reclutamiento y cooptación de gobernantes clientelares por toda Asia, África, América Latina y Balcanes. Los constructores imperiales han consolidado el control sobre sus clientelas de Europa del Este y el Báltico, y han continuado cimentando sus lazos con los regímenes de extrema derecha de España e Italia. Bajo la presión, la resistencia inicial de la Unión europea ha cedido dando paso al hecho de convertirse en unos socios subordinados a EE.UU. que protegen a los regímenes títere estadounidenses de Afganistán, que proveen ayuda al régimen colonial de EE.UU. en Irak, que respaldan las amenazas de EE.UU. contra Irán, y que se unen al ataque contra Cuba apoyando a los agentes cubanos financiados por EE.UU.

Los constructores imperiales estadounidenses han acelerado el proceso de colonización de América Latina por medio del ALCA. Hay varios motivos por los que EE.UU. está apremiando el proceso de colonización:

- 1) las clientelas y colaboradores de América Latina están todavía en sus puestos, pero su poder es tenue en el mejor de los casos;
- 2) la resistencia de las masas aumenta por toda la zona;
- 3) el modelo mercantilista, proteccionista-liberal del imperio está provocando oposición entre sectores de las elites latinoamericanas exportadoras;
- 4) EE.UU. procura monopolizar el apoderamiento de las principales empresas públicas que quedan en cuanto son privatizadas (evitando los extravíos habidos hacia Europa, especialmente España, durante la ola anterior de los años 1990;
- 5) las clientelas militares están todavía en sus puestos pero no están presentes en todas partes y en el mismo grado, particularmente en Venezuela, Brasil, Ecuador y Bolivia;
- 6) EE.UU. cuenta con el “impulso” de sus conquistas político-militares en Asia para presionar y chantajear la conformidad de las elites políticas de América Latina; y
- 7) la conversión por sorpresa de dos regímenes al ALCA (Da Silva en Brasil, Gutiérrez en Ecuador), y su vulnerabilidad respecto a la oposición de masas hace que los constructores imperiales se muevan con premura.

Los constructores imperiales estadounidenses se han desplazado hacia la dominación colonial sin tapujos y con exigencias centradas en las necesidades del imperio que ignoran cualesquiera concesiones a sus regímenes clientelares, debilitando así severamente sus bases para el acatamiento. El caso de México es el más claro: EE.UU. ha rechazado la petición del Presidente Fox para legalizar la situación de 4 millones de trabajadores inmigrantes mexicanos, o mantener la reciprocidad en los acuerdos comerciales sobre transporte, textiles y varias otras materias primas. En lugar de ello Washington exige la completa privatización de la industria pública de petróleo de México (PEMEX) (la empresa del país con mayores ganancias e ingresos por divisas).

El precedente histórico para el actual proceso de construcción imperial estadounidense en América Latina es el sistema mercantilista de los imperios coloniales europeos. Los rasgos básicos comunes incluyen:

- 1) Controles imperiales manifiestos por medio de una autoridad política (ALCA) que establece la normativa económica y el marco legal para el monopolio estadounidense de una posición económica privilegiada en América Latina;
- 2) estructuras imperiales de mando militar, bases, implicación directa en las operaciones sobre el terreno para reprimir insurrecciones populares;



3) comercio no recíproco que supone la liberalización total del comercio latinoamericano y medidas protectoras selectivas para impedir que los productores competitivos latinos compitan satisfactoriamente en el mercado de EE.UU.;

4) exclusión efectiva de europeos, japoneses y otros para competir en los mercados latinoamericanos.

El sistema imperial neomercantilista está explícitamente siendo puesto en práctica por medio del ALCA en el aspecto económico, y por el Plan Colombia, la Iniciativa Andina y la coordinación continental económico-militar de los veteranos jefes militares en el frente militar

La perspectiva para la construcción imperial, recolonización y consolidación descansa sobre tres pilares políticos:

1) La cooptación de ex líderes “populares” como Lula en Brasil, Gutiérrez en Ecuador y Kirchner en Argentina;

2) La aceleración de los acuerdos ejército-ALCA para hacer frente a clientelas en descomposición (Toledo en Perú, Sánchez de Losada en Bolivia y Uribe en Colombia); y

3) El aislamiento y/o derrocamiento de los regímenes de Venezuela y Cuba, y la derrota de la creciente oposición popular en América Latina. El ALCA proporcionará a los constructores imperiales estadounidenses el control sobre una institución, la Comisión ALCA, que dictará la política sobre cada aspecto del comercio, inversión, relaciones público-privadas, servicios (incluidos la educación, salud, pensiones, etc.). Al igual que la refinanciación de la deuda de los regímenes Latinoamericanos facilitó la liberalización, los actuales regímenes neoliberales facilitan la recolonización por medio del ALCA. Bajo el dominio colonial estadounidense las estructuras administrativas latinas permanecerán reducidas y reconfiguradas para implementar la política colonial estadounidense adoptada en el seno de la comisión ALCA. Los poderes legislativos, ejecutivos y judiciales latinoamericanos quedarán reducidos a debatir los métodos, marcha y aplicación de las política dictadas por ALCA-EE.UU. Como en todos los sistemas coloniales las estructuras autoritarias verticales se superpondrán sobre las instituciones parlamentarias.

El creciente poder militar estadounidense y sus proyecciones en América Latina han envalentonado a los constructores imperiales para actuar más agresivamente. En Venezuela un golpe de estado civil y el cierre de la patronal fueron orquestados por las agencias de inteligencia estadounidenses. En Colombia, la implicación militar estadounidense ha intensificado las matanzas y el desplazamiento de cientos de miles de campesinos para privar de soldados, apoyo logístico y alimentos a los rebeldes populares. Contra Cuba, Washington ha organizado abiertamente núcleos de cuadros contrarrevolucionarios (llamados “disidentes”) que se dedican a la propaganda y el reclutamiento, a la vez que explícitamente incluye al régimen revolucionario como su próximo objetivo militar. Por toda América Latina han sido establecidas bases militares estadounidenses como cabeza de playa para la intervención en los casos en que puedan ser derrocados por las mayorías populares los regímenes clientelares.

Igualmente importantes son las conquistas políticas de los constructores imperiales. En Brasil, el régimen de Lula ha sido completamente convertido en un satélite del Imperio (abrazando indiscriminadamente a las elites financieras y agro-exportadoras que juegan un papel unitario en la promoción del ALCA y la recolonización). En Ecuador, Lucio Gutiérrez y sus compañeros, el partido Pachacutik, se han apresurado en privatizar las empresas eléctricas y de petróleo estatales, adoptar la dolarización, las bases militares estadounidenses, el Plan Colombia y el ALCA, romper huelgas, y militarizar las refinerías de petróleo en el curso de la preparación del país para el estatus colonial.

Las “nuevas perspectivas” para la colonización de América Latina existían antes de los acontecimientos del 11-S y la llamada por EE.UU. “guerra contra el terrorismo”. El nuevo militarismo, después del 11-S, aceleró el proceso de colonización y dio mayor ímpetu a la militarización y la intervención directa. El cambio más significativo desde el 11-S ha sido la exclusión total de cualquier consulta y concesión a los regímenes clientelares (lo que hace aún más desequilibradas las relaciones).



Especular y consolarse con el hecho de que en un futuro próximo “todos los Imperios caen” es en el mejor de los casos vano y en el peor engañoso. Antes de que tenga lugar ese momento inespecificado millones de vidas están en juego, la soberanía nacional está en peligro y se están produciendo luchas populares. Colocar “juicios finales” en el centro del análisis es distanciarse uno mismo de los actores del cambio y del poder real del imperio hoy, de su lógica y dirección. Perogrulladas tendenciosas como la de “los imperios caen” no nos proporcionan el marco analítico para entender cuáles son las fuerzas propulsoras del imperialismo y las fuerzas ascendentes que se oponen. El análisis histórico abstracto e inespecífico y la discusión superficial sobre los constructores imperiales (sus decisiones son “frívolas”) es en sí mismo frívolo y superficial. La “visión amplia de la historia”, divorciada del análisis concreto sobre el actual poder dominante del imperio estadounidense y su impulso para la conquista mundial y de las luchas antiimperialistas basadas en las clases, es un espejo del estilo de los ideólogos de los constructores imperiales. No hay ningún final para los expertos imperiales que escribieron acerca del “Siglo Americano”, la Pax Americana, el Poder Global y otras vacuas “amplias visiones” de la historia.

Para entender las contradicciones actuales del imperio tenemos que analizar clases concretas, clases étnicas, la naturaleza específica de los regímenes con sus configuraciones de clase así como las capacidades organizativas de los movimientos populares para articular desafíos a las clientelas imperiales y al imperio. Pontificar desde analogías históricas abstractas y descubrir la perogrullada de que con el tiempo los imperios caen, no tiene ni relevancia intelectual ni relevancia política práctica.

Imperio: Relaciones de Clases y Estado

La construcción y decadencia imperial de EE.UU. se basa en las relaciones de clase y de estado. Las clases colaboradoras son formadas a través de un proceso complejo de las clases internas y de formación política e integración externa dentro de relaciones subordinadas pero beneficiosas (para la elite). La hegemonía y dominación por parte de las clases dirigentes transnacionales de Latinoamérica es esencial para configurar y apoyar a los estados clientelares imperiales que implementan las “políticas neoliberales” centradas en el imperio. El papel del estado imperial fue fundamental en la formación de estados clientelares (tanto en términos de apoyo financiero como político, así como para proporcionar amenazas y recompensas personales que indujeron a la implementación activa de privatizaciones de empresas públicas rentables y a la eliminación unilateral del comercio exterior y de las barreras a la inversión.

Lo que a los críticos académicos extranjeros les parece una agresión imperial “irracional” es de hecho un cálculo sumamente racional basado en la facilidad histórica con la que los estrategas de la política imperial han afianzado una posición dominante en la economía colonizada, la sumisión de los estados clientelares y el apoyo fervoroso de las elites latinas transnacionales tanto financieras como especulativas. El éxito fácil en imponer los “modelos” centrados en el imperio, en derrocar y/o invadir regímenes Latinoamericanos recalcitrantes o nacionalistas (en Chile, Brasil, Panamá, República Dominicana, etc.) ha animado a los constructores imperiales a actuar con mayor violencia manejando desvergonzadamente la fuerza como el arma más razonable dada su eficiencia en afianzar los objetivos imperiales. Deberíamos recordar que el éxito intervencionista estadounidense en Guatemala (1954) provocó que EE.UU. repitiera su política con Cuba en 1961 (una política que le llevó a la derrota). Los exitosos golpes militares orquestados por EE.UU. en Brasil (1964) e Indonesia (1965), y la invasión de la República Dominicana (1965) animaron a EE.UU. a ahondar y expandir la invasión militar de Indochina que llevó a los estrategas imperiales a una derrota histórica pero temporal y al profundo debilitamiento del apoyo político interno.

La reconstrucción del proyecto de construcción imperial bajo el Presidente Carter se concentró en la guerra político-ideológica en el terreno favorable de Europa Oriental y la URSS, y en la reconstrucción de ejércitos encubiertos subrogados en el Sur de Asia (Afganistán) en alianza con fundamentalistas Islámicos. En África del Sur (Angola y Mozambique) los estrategas de la política imperial financiaron a clanes tribales apoyados por la racista Sudáfrica.



En América del Sur y Centroamérica (Argentina, Chile, Bolivia, El Salvador, y Guatemala) EE.UU. actuó a través de regímenes militares clientelares, y en Nicaragua mediante mercenarios del tráfico de drogas. A partir de finales de los años 1970 hasta 1990 los constructores imperiales reconstruyeron el aparato militar estadounidense y reconquistaron gradualmente el apoyo político interno para las conquistas de ultramar con las invasiones militares de Panamá y Granada.

La “fórmula ideológica” para la conquista imperial es muy similar a la usada por el Tercer Reich: los líderes de la oposición son demonizados, la invasión e imposición de regímenes clientelares se describen como liberación y restauración de la democracia y la incorporación a la esfera de influencia de los EE.UU. como entrar a formar parte del “mundo libre”. El imperio militar de Carter-Reagan creó las bases para que el padre de Bush se lanzara a la creación de otro “Nuevo Orden Mundial” estadounidense mediante la guerra del Golfo, un proyecto que fue prematuro y al que le faltó la “ocupación colonial” para asegurar el control indiscutible.

La década de Clinton (1992-2000) contempló la expansión masiva de la construcción imperial a escala mundial (guerras en los Balcanes, conquista de un tercio de Irak por medio de las clientelas kurdas del norte y las zonas de exclusión o “sin vuelos” en el sur (combinados con bombardeos de castigo y el bloqueo económico para destruir el estado y la economía), alianzas militares con las nuevas clientelas y bases militares desde los estados del Báltico pasando por Europa Central a los Balcanes y Cáucaso meridional. La conquista militar agresiva y la colonización comenzaron con la bandera del imperialismo humanitario bajo Clinton. La radicalización doctrinaria vino con Bush, Rumsfeld y Wolfowitz. Es un grave y notorio error considerar la fecha del “11/09/2001” como punto de partida de la construcción militar imperial. Lo que ocurrió después del 11-S es la búsqueda sistemática y unilateral de la construcción imperial con una doctrina más explícita de guerra global, a diferencia de la práctica poco sistemática pero igualmente violenta del imperialismo humanitario propuesto por Clinton.

Imperio y Relaciones de Clase y Estado: Conflicto Interimperia-lista y Nacional de Clases

En primer lugar, el poder imperial está enclavado en las relaciones del estado y las clases. Antes del movimiento de capitales y de la imposición del poder imperial estatal tiene lugar una lucha de clases nacional, una lucha que varía en intensidad pero se repite a lo largo de todo el período de ocupación y dominación imperial. Como quedó indicado antes, en América Latina la imposición de los regímenes neoliberales centrados en el imperio fue establecida por medio de una violenta lucha de clases-estado “desde arriba”. Las clases transnacionales victoriosas reconfiguraron el estado para “reconstruir” las relaciones sociales (relaciones trabajo-capital, formas de propiedad pública-privada y extranjera-nacional) conforme al modelo centrado en el imperio. Los regímenes neoliberales y los imperios neomercantilistas fueron el resultado de la lucha de clases, como lo son las continuas relaciones antagonistas que se oponen al proyecto de recolonización de los constructores imperiales.

Las relaciones de clase antagonistas son una constante en la construcción imperial contemporánea. Sin embargo las relaciones sociales, de clase, las fuerzas étnicas y de género que se enfrentan hoy entre sí son diferentes a las del pasado reciente debido a la transformación de la estructura de clases forjada por un cuarto de siglo de gobierno neoliberal. Es importante sintetizar los cambios en la formación de clases para entender las clases sociales que se enfrentan actualmente a los constructores imperiales y a los estados clientelares locales. Las nuevas fuerzas de clase han desarrollado a su vez nuevas tácticas, estrategias y liderazgos que son centrales en los esfuerzos de derrocar la dominación imperial.

Cambios Básicos en la Estructura de Clases y las Relaciones Sociales

Desde el inicio de neoliberalismo en los años 1970 se han producido varios cambios políticos y socioeconómicos claves en la estructura de clases. La apertura de la economía a las importaciones baratas de la industria extranjera ha tenido dos impactos principales sobre la



estructura de clases: ha reducido el tamaño de la clase obrera industrial estableciendo “una mano de obra cautiva” de 'maquiladoras'* y plantas de montaje en las zonas de libre comercio y disminuyendo el número de trabajadores especializados del metal, y ha creado industrias descentralizadas “contratistas de mano de obra”, más pequeñas y más explotadoras. Como consecuencia, el tamaño de la fuerza de trabajo industrial empleada de manera estable ha disminuido en la mayor parte de países (como Bolivia, Perú, Colombia, Brasil y Argentina) mientras los que siguen empleados temen ser reemplazados a causa de la buena disposición de los patronos a utilizar el ejército de reserva de parados. El peso socio-político en términos relativos de los trabajadores industriales dentro de la clase obrera ha disminuido, al igual que el porcentaje de trabajadores sindicados, el número de huelgas y la militancia obrera en el sector industrial. Por otra parte, el número de trabajadores en paro y en trabajos basura ha aumentado geométricamente, yendo desde el 40% al 80% en países como Argentina, Perú, Bolivia, Colombia, Brasil, Venezuela y México. Las regiones maquiladoras industriales más antiguas (zonas fronterizas del Norte de México, Caribe) han experimentado cierres de plantas a medida que los capitalistas estadounidenses se trasladaron a China o a las “áreas rurales” (sur de México) donde los salarios son más bajos y las condiciones de trabajo aún más explotadoras (jornadas más largas, menos normativa sobre seguridad, salud y ambiental). El crecimiento de una “masa crítica” de trabajadores en paro ha llevado al desarrollo de movimientos autónomos de trabajadores en paro que atacan a la clase capitalista en las calles fuera del lugar de producción (la fábrica), que bloquean la circulación de maquinaria, las entradas de materias primas y las salidas de productos acabados que se transportan al mercado poniendo limitaciones a la realización del beneficio.

La promoción de una “estrategia de crecimiento basada en la exportación” a la vez que se subsidian las importaciones de alimentos baratos, en particular cereales, ha provocado el desplazamiento de campesinos y la ruina de familias campesinas que producían para los mercados locales. Más del 90 % de las subvenciones agrícolas estatales se dedican a los agro exportadores a gran escala, denegando créditos estatales y financiación a los pequeños productores. La política agraria centrada en el imperio ha aumentado el porcentaje y número de trabajadores agrícolas sin tierra, ha polarizado el campo y radicalizado a los pequeños agricultores familiares que se encaminan a la extinción debido a la intervención del estado clientelar a favor de las importaciones de alimentos y de las elites agro exportadoras. La creciente concentración de tierras, la usurpación de las tierras del pueblo indígena, el alto coste de los “inputs” agrarios y los bajos precios de los productos de alimentación han radicalizado el campesinado y las comunidades de campesinos indios al privarles de la tierra, los mercados y los márgenes de beneficio. El crecimiento de la alfabetización y la interacción social con la Iglesia progresista y núcleos sindicales y las recientes experiencias de lucha han convertido el campo en un centro de los movimientos antiimperialistas.

Los movimientos rurales contemporáneos no están integrados por “rebeldes primitivos” o “tradicionalistas” que miran hacia atrás resistiéndose a la “modernización”. Los movimientos campesinos están dirigidos por educados hijos e hijas de familias rurales venidas a menos que procuran obtener créditos y cuotas de mercado, recuperar la tierra ocupada por el capital, y la protección estatal frente a las importaciones baratas subvencionadas. Buscadores de medios de producción modernos, cuotas de mercado, créditos baratos y “precios justos”, que trabajan y luchan colectivamente son el contraste de las modernas, pero empobrecidas clases rurales. Ellas

* NT. Las maquiladoras son plantas industriales que realizan, para empresas importantes, alguna de las operaciones del proceso de fabricación de un producto. Así pues, no fabrican productos finales para el mercado sino que importan materias primas e inputs que someten a un proceso de ensamblaje, transformación y/o reparación de componentes que exportan a otras empresas más importantes, usualmente multinacionales, que son las que sacan al mercado el producto final. Gozan de un régimen fiscal de excepción que les permite importar sin pagar aranceles y exportar a tarifas reducidas. El término hace referencia a un programa de fomento de la industria que nació en 1965 en la frontera norte de la República Mexicana. La palabra maquila procede del árabe clásico *makilah*, cosa medida. Antiguamente cuando un molinero recibía grano para moler se quedaba con una porción de harina o de grano en concepto de pago por la molienda, a esta porción se llamaba *la maquila*.



son buenas conocedoras del negativo impacto de las políticas centradas en el imperio (ALCA, neoliberalismo). En Brasil el Movimiento Rural de Trabajadores Sin Tierra (MST), en Bolivia (los cocaleros), en Colombia (los movimientos campesinos y de la guerrilla rural), en Ecuador (sectores del movimiento campesino-Indio) y en menor grado en Paraguay, Perú y México, los movimientos de base campesina han sido los mejor organizados y la vanguardia de la resistencia anti-imperialista.

La contradicción campesinado-imperio ha sido la más aguda, no por la mayor explotación y extracción de plusvalía sino por la amenaza de desplazamiento total (tierra, casa, familia, comunidad), la apropiación violenta de los medios de producción, y la denegación de un lugar para “ganarse la vida”. La mano de obra rural está sumamente estratificada y es en muchos casos étnicamente diversa, lo que causa desacuerdos sociopolíticos; sin embargo, allí donde se han superado estas “diferencias” las combativas clases rurales organizadas han logrado los mayores éxitos al desafiar la expansión imperial (tanto en el campo como en las ciudades). El MST ha ocupado grandes latifundios y establecido 350.000 familias en menos de 20 años y actualmente tiene 120.000 familias organizadas para ocupar fincas sin cultivar (julio de 2003). En Bolivia más de 40.000 familias se ganan la vida cultivando coca en vibrantes comunidades con familias estables gracias a la organización y las luchas del sindicato de agricultores cocaleros. El principal desafío militar en América Latina para los regímenes clientelares y los constructores militares del imperio estadounidense está en el campo colombiano, donde los dos grupos guerrilleros principales (FARC y ELN) controlan más del 40 % del territorio. Muchas de las principales organizaciones nacionales que organizan manifestaciones urbanas contra el ALCA se encuentran, la mayoría de las veces, entre las organizaciones campesinas militantes.

Dado el papel visible y dominante de los modernos movimientos rurales de base agraria que se oponen al imperio estadounidense, es sorprendente que no se encuentre ningún debate sistemático sobre los mismos en los escritos de Hobsbawn, Wallerstein, y otros profetas del eventual declive imperial. Estos escritores ponen de relieve las rivalidades inter-imperiales, los conflictos inter-élite (capitalistas contra el imperio), basan sus argumentos en disputas comerciales concretas y en diferencias relativas a los modos de construcción imperial o en nociones generales, tendenciosas y emocionalmente gratificantes de que “todos los imperios caen”, y todos los “sistemas capitalistas con el tiempo entran en crisis” (dejando que la magia del mercado alcance lo que ellos llaman “cambios sistémicos” desde el “caos”). Una visita a una asamblea de campesinos en un estado ocupado es probable que proporcione estímulo suficiente para que estos profetas de salón centrados en el imperio se replanteen sus teorías sobre la decadencia imperial.

El Nuevo Proletariado Urbano. Los Trabajadores del Sector público

En junio-julio de 2003, en Ecuador, Bolivia, Perú, Brasil, Argentina y Colombia los funcionarios públicos (mayoritariamente maestros de la escuela pública) estuvieron de huelga indefinida involucrando a millones de personas, y en algunos casos desencadenando paros laborales por parte de asalariados del sector privado. En las ciudades los funcionarios públicos han sido la vanguardia de las mayores y más militantes luchas urbanas contra los regímenes clientelares y sus políticas centradas en el imperio. Y ello ha sido necesariamente así porque la expansión imperial se basa en la privatización de las empresas públicas, lo que causa despidos masivos, pérdida de la pensión, de la estabilidad en el empleo y otros beneficios sociales. En segundo lugar, los acreedores imperiales exigen superávit presupuestarios para pagar la deuda a los acreedores extranjeros, esto significa recortes en todos los servicios sociales y gastos públicos para el desarrollo lo que lleva a disminuir aún más el número de funcionarios públicos, también a la reducción salarial, de las pensiones y de los beneficios sociales, y a una mayor intensificación de la carga de trabajo (relación profesor-estudiante, relación médico paciente...). La pérdida de cargos vitalicios y el alquiler de servicios a trabajadores contratados (ONGs) han minado la seguridad en el puesto de trabajo de los funcionarios públicos (haciéndoles sujeto de las mismas “inseguridades del mercado” que los trabajadores de las fábricas). En suma, las estrategias de construcción imperial mediante la privatización de empresas públicas, la prioridad del pago de la deuda en la asignación del presupuesto y la proletarización de los niveles de vida



y condiciones de trabajo son los factores objetivos que llevan a los funcionarios públicos a las calles y a prolongadas huelgas a escala nacional.

En todas las confrontaciones importantes contra los estados clientelares y sus patronos imperiales los principales aliados son los funcionarios públicos, sobre todo los maestros y los campesinos. Las acciones sindicales más militantes en los pueblos y ciudades están encabezadas por los funcionarios públicos, incluyendo la ocupación de edificios municipales y federales, el bloqueo de calles y los desalojos de funcionarios públicos. Con frecuencia los funcionarios públicos han sido reducidos casi a la indigencia a causa de la tardanza en los pagos y/o a los pagos en moneda devaluada. En Brasil, los funcionarios públicos han perdido el 20% de sus ingresos reales porque los salarios fueron congelados desde 1998 a 2003. En las provincias argentinas a los trabajadores municipales les retrasaron los pagos durante 3-4 meses y luego les pagaron con moneda local o provincial.

Los nuevos protagonistas de la política anti-imperialista son: campesinos sin tierra, movimientos agrícolas y de campesinos, parados urbanos y autónomos (sobre todo en Argentina, Venezuela, Bolivia y Perú) y los empleados públicos de toda la zona, en particular los trabajadores de la industria del petróleo y el gas señaladas para la privatización. Sus demandas específicas están vinculadas frecuentemente al rechazo al ALCA, las bases militares estadounidenses y las políticas de los regímenes clientelares centradas en el imperio.

Construcción imperial: La omnipotencia está en los Ojos del Observador

En los medios de comunicación estadounidenses y en las declaraciones públicas de la elite de Washington el avance del imperio estadounidense parece ser un proceso inevitable, siempre acertado, totalmente justificado e irreversible, ya sea para aplaudirlo o sufrirlo. Para los críticos las "contradicciones internas" o la "sobre extensión" del imperio llevarán a los constructores imperiales a su propia caída.

El sentido de omnipotencia imperial impregna tanto a los oficinistas como a los pesimistas que adoptan una visión a largo plazo del imperio. Lo que les falta tanto a los especuladores históricos del "largo plazo" como los apologistas del corto plazo es comprender a fondo las luchas concretas que configuran hoy la correlación de fuerzas que determinarán si el imperio estará con nosotros durante unos años, una década o un siglo.

Los constructores del imperio estadounidense han sufrido varias derrotas importantes en una serie de confrontaciones importantes. En Venezuela, la población urbana pobre, los parados y los autónomos bajaron de los "ranchos" de Caracas en cientos de miles y proporcionaron el impulso a los militares legitimistas para derrocar el régimen dictatorial de Carmona impuesto por un golpe militar-civil orquestado por EE.UU. y restaurar al populista Hugo Chávez elegido para la presidencia. Un año más tarde los EE.UU. apoyaron económicamente a medios de comunicación y sindicatos clientelares para intentar derrocar el régimen con la paralización de la industria petrolífera. También fueron derrotados por una alianza de mandos militares legitimistas, sectores de la clase obrera y la masa de los pobres urbanos, muchos de ellos organizados en los "círculos Bolivarianos", organizaciones de masas con base en los barrios.

En Colombia, el esfuerzo de EE.UU. para establecer el dominio por medio de campañas de terror paramilitares y estatales ordenadas por el Presidente clientelista Uribe han sido decisivamente frenadas por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-el Ejército del Pueblo (FARC-EP) y el Frente De Liberación Nacional (ELN), a pesar de los miles de mercenarios pagados por Estados Unidos, de los trabajadores contratados y de los asesores militares que operan con un presupuesto de más de 2 mil millones de dólares, con tecnología de vanguardia y helicópteros equipados con artillería.

En Bolivia, los cocaleros han resistido satisfactoriamente la campaña orquestada por Estados Unidos para destruir a los agricultores de coca y sus organizaciones. A pesar de la violenta represión del Presidente clientelar de EE.UU. Sánchez de Losada y la intervención directa del Embajador estadounidense en la política boliviana, los cocaleros han creado en asociación con los mineros, la población urbana pobre, los trabajadores de las fábricas y autónomos en Cochabamba, La Paz, Sucre y Oruro una formidable coalición capaz de bloquear la política



neoliberal (como la privatización del agua) creando un movimiento político nacional que es el principal partido de la oposición en el Congreso, y un liderazgo nacional con capacidad de derrotar la entrada de Bolivia en el ALCA

En Cuba, los movimientos de masas urbanos y rurales proporcionaron un firme apoyo al atinado esfuerzo del régimen revolucionario de desmontar las redes terroristas financiadas por Estados Unidos, así como las embrionarias células de propaganda promovidas por el jefe de la sección de intereses de Estados Unidos.

Los desafíos y derrotas más exitosas de la construcción imperial estadounidense han ocurrido en el Tercer Mundo, por autónomas fuerzas de clase organizadas. Los opositores a la construcción imperial menos consecuentes son los antiguos socialdemócratas, los de centro izquierda y los regímenes parlamentarios populistas que en gran parte han adoptado las estrategias económicas y sociales centradas en el imperio y se han aliado con los capitalistas transnacionales latinoamericanos y las multinacionales de la Unión Europea y Estados Unidos. El ejemplo más llamativo es el régimen de Inacio “Lula” da Silva y el Partido de los Trabajadores (PT). El régimen del PT ha sido convertido en una clientela servil de EE.UU., al designar a los ministros económicos clave y a un banquero central que están totalmente integrados en el proyecto de “desarrollo” centrado en el imperio. El programa económico monetarista de Da Silva consistente en reducir las pensiones de los empleados públicos, fuertes recortes de los gastos sociales, imposición regresiva y “reformas laborales” a favor del patrón es tan sólo parte de una agenda a favor del imperio. Procesos similares han ocurrido con otros políticos parlamentarios pseudo populistas, por ejemplo, en Ecuador con Lucio Gutiérrez y en Perú con Toledo. El desarrollo más significativo es la velocidad con la que los movimientos de masas basados en las clases (en particular los empleados públicos, campesinos y trabajadores autónomos) se movilizan para enfrentarse y atacar a estas nuevas clientelas del imperio. En cada sitio, las masas que votaron a favor del “centro izquierda” son las mismas fuerzas que en las calles exigen su dimisión como colaboradores del imperialismo.

En todo el continente Latinoamericano no hay prácticamente ningún movimiento de masas organizado por la clase capitalista (o en realidad por los pequeños y medianos empresarios o agricultores, aunque una minoría de vez en cuando apoye protestas concretas sobre aspectos del pago de la deuda, las tasas de interés y el proteccionismo). Lo que impide la inclusión de la burguesía en las luchas de masas es su apoyo a la legislación neoliberal anti-laboral, el bajo nivel del salario mínimo, la reducción de las cuotas a la seguridad social y la tolerancia del régimen respecto a la enorme evasión fiscal y los corruptos vínculos con funcionarios de aduanas y comercio exterior de rango inferior en lo referente a los impuestos a la importación y las licencias de exportación.

Los movimientos sociopolíticos que tienen estrechas relaciones con regímenes de “centro izquierda”, convertidos en clientelas imperiales, se han visto seriamente desorientados y en algunos casos están en procesos de debate interno y discusiones. El MST y la CUT en Brasil, CONAIE en Ecuador, el movimiento de trabajadores en paro de Argentina, los sindicatos en Uruguay, todos se enfrentan al problema de escoger entre la lucha de clases anti-imperialista o la colaboración con los nuevos regímenes parlamentarios de “centro-izquierda” que son clientelares del imperio.

En contraste con la lucha por el poder estatal basada en las clases y orientada políticamente, que ha infligido golpes a la expansión imperial, los amorfos movimientos “antiglobalización” y los Foros Sociales Mundiales no han derrotado ninguno de los proyectos de construcción imperial ni tampoco han logrado impedir ni una sola conquista militar. Aún más, los líderes “antiglobalización” no han creado ningún apoyo de masas para la resistencia popular anti-imperialista contra la ocupación militar y el pillaje estadounidense en los Balcanes, Afganistán o Irak. Las manifestaciones de masas son acontecimientos rituales limitados en el tiempo y el espacio. Ellos carecen de tácticas o estrategias que tengan un impacto importante en la expansión imperial, los preparativos de guerras, las privatizaciones, las políticas de ajuste estructural o cualesquiera otras medidas centradas en el imperio. Sólo cuando los rivales imperiales de EE.UU. en Europa (en particular Francia, Alemania, Italia y España) toman medidas para hacer sus CMNs más competitivas bajando las pensiones o subiendo la edad de



jubilación o recortando los gastos sociales, se manifiestan los trabajadores. Sólo en Francia se da algún esfuerzo de los movimientos de trabajadores por ir más allá de las limitadas huelgas “rituales” (protestas simbólicas que pueden posponer pero ciertamente no eliminar la imposición de cargas internas para financiar la expansión imperial).

Las manifestaciones contra la guerra masivas, ordenadas y circunscritas temporalmente se enfrentan simbólicamente al poder estatal (las mismas desfilaron por la ciudad de Londres hasta el Hyde Park para escuchar por los altavoces discursos anti-imperialistas, pero no tienen capacidad para paralizar el sistema o implicarse en una guerra política seria). Es propio de las “muchedumbres” ir y venir según gusten al carecer de una estructura política organizada. Las sectas izquierdistas se limitan a vender sus periódicos o distribuir panfletos en foros radicales mientras los autodenominados anarquistas (y provocadores de la policía) rompen unos cuantos escaparates para auto convencerse de que son anti-capitalistas.

La fuerza del movimiento anti-imperialista se encuentra entre los guerrilleros de las selvas de Colombia, los círculos Bolivarianos de los barrios de chabolas de Caracas, las manifestaciones de las calles de Cuba, los trabajadores sin tierra que ocupan las haciendas de Brasil, los agricultores de coca de Bolivia, la población urbana pobre subempleada y desempleada de Perú y Argentina (en una palabra las clases organizadas, excluidas, explotadas y empobrecidas por los regímenes clientelares centrados en el imperio).

Hacia una Teoría de los Movimientos Anti-imperialistas

Cualquier teoría sobre el anti-imperialismo debe ser por su naturaleza provisional y contingente porque intenta tratar con la naturaleza flexible de la subjetividad y consciencia nacional y de clase.

Una teoría de los movimientos anti-imperialistas (MAI) debe tomar en consideración varios factores contingentes:

1) Todos los MAI populares de masas van unidos a la lucha por demandas económicas inmediatas o concretas. Por ejemplo, los agricultores de coca exigen el final del programa de erradicación de coca, la expulsión de las bases militares estadounidenses y se oponen al ALCA. El MST brasileño une la expropiación de la tierra no productiva y una reforma agraria a sus demandas de protección de los productores locales de alimentos y a su oposición al ALCA.

2) Los MAI se construyen sobre las debilidades estructurales y las pérdidas económicas de los partidarios que los integran. Los agricultores y campesinos mexicanos se oponen al Tratado de Libre Comercio Norteamericano (NAFTA) porque ha permitido que entren en el mercado mexicano las exportaciones de alimentos estadounidenses subvencionados, lo cual ha empobrecido y llevado a la bancarrota a millones de mexicanos. La movilización colectiva y el poder socio político compensan la relativa debilidad de mercado o económica de los productores latinoamericanos.

3) En todo el mundo, para la emergencia de los MAI, son necesarias condiciones económicas y estructurales objetivas, pero estas no son suficientes.

Por toda América Latina hay cientos de millones de personas explotadas y excluidas por los constructores del imperio, pero sólo una fracción es consciente y/o está organizada para la lucha. Factores históricos, organizativos, estructurales, políticos, demográficos y geográficos juegan un papel significativo en la creación de la conciencia anti-imperialista. Lo que la mayor parte de los MAI de América Latina tienen en común es su predominantemente, pero no exclusivamente, “centro” rural de organización. Los campesinos están en el centro de los MAI porque el imperialismo ha golpeado del modo más duro a la economía rural aunque podamos ver el impacto negativo de las políticas centradas en el imperio en el paro urbano de Argentina, Colombia y otras partes. Los movimientos sociales rurales están más avanzados porque su nivel de organización es más fuerte y ha surgido un liderazgo político que no está dominado por los intermediarios del poder de los regímenes clientelares. La mayor fortaleza de las organizaciones agrarias no viene motivada porque el sector rural sea de mayor tamaño (realmente en términos relativos y absolutos está disminuyendo) sino porque los líderes rurales militantes son mucho



más independientes que los de los sindicatos urbanos subvencionados por el estado, y porque tienen lazos más estrechos con su base campesina (de hecho la mayoría son de extracción campesina o pequeños agricultores). Además los movimientos rurales no hacen frente a aparatos sindicales reaccionarios vinculados a los jefes como es el caso de los sectores industriales tradicionales. En otras palabras, el factor subjetivo en el campo está menos dificultado por los nexos ministeriales y de los aparatos sindicales conservadores que bloquean la articulación de las demandas, desmovilizan a los sectores populares, y se acomodan a las estrategias de construcción imperial.

Los coccaleros, el MST, las FARC, los Zapatistas, y hasta hace poco el CONAIE, juegan un papel decisivo al enfrentarse al imperialismo porque sus líderes y organizaciones son capaces de articular demandas populares libres de compromisos estatales, lo que les permite movilizarse y pasar a la acción directa que hace avanzar la lucha popular. Los movimientos MAI de base urbana son más diversos pero por lo general se vinculan a los sindicatos de izquierda de los trabajadores del sector público, a los parados, las masas de trabajadores-consumidores y a los beneficiarios de programas sociales promovidos por regímenes anti-imperialistas como Cuba y Venezuela. Los MAI urbanos han sido encabezados por profesionales ilustrados venidos a menos (trabajadores de la sanidad, maestros), antiguos obreros especializados del metal convertidos en parados, y consumidores empobrecidos afectados por la caída de ingresos, las subidas de precios y tarifas de los servicios públicos (energía, luz, agua, teléfono, transporte público, etc.) de las empresas privatizadas de propiedad extranjera.

Los “movimientos antiglobalización” norteamericano y europeo se organizan en reacción a acontecimientos específicos de la elite (reuniones de la OMC, cumbres de la Unión Europea, etc.) pero no poseen ningún vínculo organizado con una base de masas. Por consiguiente sus actividades no tienen ninguna continuidad real en la lucha aparte de la de los acontecimientos específicos de la elite y tienen poco impacto sobre la continua expansión económica y militar del imperio. Incluso de manera más seria, sólo una muy pequeña minoría de los movimientos antiglobalización del norte se involucran en las luchas actuales contra la colonización imperial y la represión de los pueblos conquistados de Irak y Afganistán, y la colonización económica de América Latina por medio del ALCA.

Aunque las protestas de masas de los movimientos antiglobalización y contra la guerra son positivas en el sentido de que muestran la oposición pública, no tienen ninguna perspectiva política y mantienen pocos vínculos, si es que tienen alguno, con la lucha popular de masas o el electorado en contraste con los MAI Latinoamericanos. En otras palabras, los MAI consecuentes son decididamente un fenómeno de las naciones oprimidas (y en particular de las clases rurales y urbanas explotadas que están excluidas económicamente, que han venido a menos y que están vinculadas a movimientos sociopolíticos dirigidos por una nueva generación de líderes de base que son autónomos respecto al estado y a los partidos parlamentarios de centro izquierda.

El Futuro del Imperio

Es difícil especular con cierta precisión el momento en el que el imperio estadounidense comenzará su caída. Es aún más difícil determinar si la decadencia será estructural o coyuntural. Lo mejor que puede hacerse es delinear las contradicciones principales. Las contradicciones más importantes son políticas y sociales así como económicas. Actualmente el desafío y la contradicción fundamental está entre las masas organizadas del campo y la ciudad de América Latina y los constructores imperiales estadounidenses y sus gobernantes clientelares, capitalistas transnacionales, ONGs y Sindicatos auxiliares. La segunda contradicción importante está entre el imperio en expansión y la república en decadencia (y la capacidad de la clase gobernante imperial de transferir riqueza, ingresos y personal para la construcción del imperio). La tercera contradicción está entre la conquista y ocupación de los países colonizados y los masivos movimientos anticoloniales de resistencia nacional (tanto en Irak como en Afganistán).

La cuarta contradicción se da entre el imperio militar creciente y la incapacidad de extraer beneficios de las regiones recién colonizadas, a pesar de las futuras rentas del petróleo.



La centralidad de las luchas del tercer mundo para debilitar al imperio estadounidense queda mejor ilustrada por los efectos de la resistencia iraquí sobre el ejército de ocupación estadounidense. Las fuerzas de ocupación coloniales estadounidenses están sufriendo bajas a diario (muertos y heridos por todo el país a manos de la guerrilla iraquí apoyada por el pueblo). El efecto más inmediato es bajar la moral de las fuerzas de ocupación estadounidenses. El rápido desencanto de las tropas estadounidenses y la hostilidad abiertamente expresada hacia cualquier ocupación de larga duración es uno de los eslabones más débiles del imperio estadounidense (como lo fue después de la segunda guerra mundial, y en las guerras de Corea e Indochina). Esta debilidad clave de las fuerzas armadas imperiales estadounidenses significa que los militaristas tienen un grave problema para mantener las conquistas coloniales (a menos que haya una aportación importante de soldados extranjeros de India, Paquistán, Turquía, Europa Oriental y otros regímenes clientelares).

La enorme superestructura tecnológica de la máquina de guerra imperial estadounidense confía en última instancia en las tropas de tierra para ocupar y consolidar el gobierno imperial. El problema sin embargo es que la naturaleza de las tropas de tierra estadounidenses no es compatible con un papel de vigilancia policial a largo plazo en las colonias. Primero porque la mayor parte del ejército de ocupación está integrado por reservistas (no por soldados de profesión) que se alistaron en el ejército para complementar su paga civil y asegurar los beneficios sanitarios y de pensión que no se pueden obtener de otra manera. La idea de “servicio militar” de los reservistas es un entrenamiento de una noche por semana y unas cortas prácticas en el verano, con llamadas para cortos períodos de servicio activo en momentos de emergencia nacional. Este punto de vista es incompatible con la ocupación colonial de larga duración. Este sector del ejército tiene poco estómago para una ausencia prolongada del trabajo, la familia, la escuela y su comunidad, sobre todo en Irak y Afganistán donde afrontan las duras condiciones del intenso calor, la carencia de agua e instalaciones decentes, una vasta hostilidad popular y frecuentes ataques de francotiradores. En segundo lugar, muchos de los soldados alistados lo hicieron para evitar el paro o trabajos de bajos ingresos sin futuro con la esperanza de “aprender un oficio” y volver a la vida civil. Pocos voluntarios esperaban el combate cuerpo a cuerpo en territorio hostil. En tercer lugar los “soldados profesionales” se ofenden de que los asignen a actividades de policía colonial, especialmente teniendo en cuenta el ambiente hostil del día a día y la incompetencia total de los mandos más altos del escalafón militar para reconstruir una infraestructura básica. En cuarto lugar existe una profunda brecha dentro de “los que sirven como soldados” entre los generales y coroneles ricos, arribistas, expertos mediáticos del aire acondicionado que van a los países ocupados para hacer informes, revisiones y ruedas de prensa y vuelan de regreso a su seguro y bien equipado cuartel general en Qatar, Florida o Washington para cenar *fillet mignon*, mientras las fuerzas de ocupación se alojan en tiendas llenas de pulgas, comen raciones envueltas en plástico, no tienen aseos ni agua para ducharse y se enfrentan con la hostilidad generalizada del pueblo iraquí conquistado.

En quinto lugar, las fuerzas de ocupación están cada vez más resentidas y frustradas con las mentiras y engaños del alto mando respecto a la duración de su servicio. La brecha entre ideales y promesas y la realidad está enviando ondas de choque a lo largo y ancho de las fuerzas de ocupación. Primero, les dijeron que les darían la bienvenida como a un “ejército de liberación”; en vez de eso se enfrentan a la hostilidad general y son considerados con razón como un ejército de opresores. Les dijeron que trabajarían con “iraquíes libres” para reconstruir el país; en vez de eso patrullan en transportes blindados por calles destrozadas, dedicándose a reventar casas y a hacer masivas redadas militares. Y lo que es más importante, les dijeron que lucharían en la guerra, conquistarían el país y volverían a casa como héroes. En cambio, ahora les dicen que tendrán que pasar años esquivando granadas y balas para sostener un inepto y universalmente odiado gobernador colonial.

El ejército estadounidense, que fue entrenado para la guerra de alta tecnología, se enfrenta con una guerrilla urbana en calles, universidades y vecindarios donde la resistencia iraquí tiene toda la ventaja de conocer el terreno y contar con el apoyo de los habitantes del lugar. La propaganda de Rumsfeld sobre que la resistencia urbana es simplemente un “resto o vestigio” de las derrotadas fuerzas Baazistas les suena a falso a los soldados que experimentan hacia ellos



una hostilidad que va desde los niños de escuela primaria a los millones de Musulmanes que antes fueron perseguidos por Saddam Hussein.

El dilema de los civiles militaristas es que los 160.000 soldados estadounidenses en Irak resultan inadecuados para controlar a 24 millones de iraquíes que exigen la autodeterminación. Dado el hecho que el ejército estadounidense necesita al menos 5 soldados no combatientes por cada combatiente activo, y dada la caída en el reclutamiento de “voluntarios” ante las duras exigencias de ser un ejército de ocupación, los militaristas civiles no tienen ninguna otra opción que la de limitar la rotación de las tropas y buscar ayuda “multilateral” de sus clientelas y aliados. Lo que los civiles militaristas no están dispuestos a hacer es volver al reclutamiento obligatorio. Como en el pasado quienes evitaban el reclutamiento, los militaristas de la administración de Bush no tienen ningún deseo de llamar a sus hijos y nietos para que arriesguen la vida por su imperio. Tanto los no judíos como los sionistas de la clase media más alta no tienen ningún deseo de sacar a su progenie de las universidades y escuelas profesionales de élite o de sus lucrativas carreras en las finanzas y la banca para luchar contra el “terrorismo internacional”.

Finalmente, los gobernantes civiles-militares responsables de la política colonial están totalmente divorciados no sólo de la acrecentada oposición de masas en Irak y de las rebeliones crecientes de sus propias tropas de tierra, sino de sectores de sus propios mandos militares. Los ideólogos Rumsfeld-Wolfowitz desacreditaron y dejaron de lado a los militares y a las fuentes de inteligencia de la CIA creando sus propios “círculos íntimos” para imponer una “inteligencia” propia sumamente politizada que justificara la conquista militar. Su obsesión con la conquista imperial y el dominio militar está cebado con la animosidad racista antiárabe y guiado por la idea de una mayor “esfera de coprosperidad” de EE.UU.-Israel en Oriente Medio. La división ideológica-organizativa en la cúspide de la organización de inteligencia militar imperial puede con el tiempo erosionar seriamente el poder de los civiles militaristas.

A medida que la “república” va siendo sustituida por el imperio es más que probable que una de las principales fuentes de conflicto y rebelión pueda tener lugar en el seno del ejército y esto puede eventualmente tener impacto en la política interna. La guerra y la forma de dirigir el control colonial han generalizado una fuerte resistencia popular anticolonial en los países ocupados y en las víctimas diarias de las fuerzas de tierra imperiales. Estos factores (resistencia, víctimas, descontento militar) comienzan a afectar la popularidad de la guerra colonial. La imagen negativa en EE.UU. se deriva de las víctimas estadounidenses, el caos económico y político de Irak, los gastos de la conquista y la incompetencia de los gobernantes coloniales. Incluso notables apologistas imperialistas lamentan la falta de “preparación” o “capacidad” de los estrategas de la dominación colonial. La acción militar unilateral de EE.UU. benefició el intento a corto plazo de los militaristas de una guerra sin restricciones, pero socavó las bases para conseguir después de la conquista el apoyo financiero y militar multilateral en la construcción colonial.

Las emocionales y altamente incriminatorias diatribas de los militaristas civiles con su “voluntarista” y neonazi “deseo de poder mundial” está chocando con la realidad de los reacios estados vasallo, el resurgimiento de la masiva oposición iraquí y la creciente rebeldía de las tropas estadounidenses en las tierras ocupadas. Aquellos ideólogos y políticos que copian la estrategia israelí de Sharon de una fuerza unilateral masiva para dominar las colonias olvidan que Sharon no puede existir sin el apoyo del gobierno de los EE.UU. y la diáspora sionista (los EE.UU. no tienen, ni un poder que les apoye ni benefactores ricos).

Algunos observadores, al centrarse en las discrepancias de las disputas tácticas y comerciales alegan las crecientes rivalidades inter-imperialistas entre la Unión Europea y Estados Unidos. Lo significativo de estos conflictos es cuan rápidamente son desactivados, cuan pequeño es su impacto y más recientemente lo rápidamente que se reconcilian los contendientes para proseguir la construcción imperial conjuntamente.

Por ejemplo, la oposición de algunos países europeos a la invasión estadounidense-británica de Irak fue posteriormente seguida de un acuerdo en el seno de la Unión Europea para montar sus propias fuerzas de despliegue rápido. Francia envió paracaidistas a tres países africanos



poco después de la guerra de Irak. La disposición de Europa de seguir a Estados Unidos queda ilustrada en su decisión de reducir las relaciones con Cuba, colaborar con EE.UU. en el aislamiento de Irak, aprobar las resoluciones promovidas por EE.UU. en contra de la proliferación de “armas de destrucción masiva”, etc... Los vínculos imperiales entre Europa y EE.UU. son mucho más fuertes que sus intereses contrapuestos. Igualmente importante es que la fuerza del imperio militar y económico estadounidense, y su agresivo ejercicio, han intimidado a los potenciales críticos en Francia y Alemania que están rodeados por los satélites estadounidenses de Europa Oriental, las naciones Bálticas y los Balcanes

La economía de la república de los EE.UU. está basada en la especulación, el fraude, el crédito, la deuda, la mano de obra inmigrante barata, los ingentes subsidios estatales directos e indirectos, los préstamos extranjeros y los enormes y crecientes déficit comercial y presupuestario. Cuando la economía se mueva desde el estancamiento a una recesión importante debilitará el Imperio si el estado es incapaz de imponer el peso de la recuperación en las espaldas de los salarios, los grupos de pequeños empresarios y asalariados y si el estado es forzado a reasignar recursos y personal desde la construcción imperial hacia la república. Lamentablemente la historia del último cuarto del siglo pasado nos dice que el público estadounidense ha mostrado poca resistencia activa a los gastos militares en épocas de guerra y sólo se da una oposición minoritaria a la conquista imperial.

Los sindicatos son políticamente impotentes y están vinculados al imperio a través de sus lazos con el partido demócrata. No existe ningún movimiento nacional político y social capaz de desafiar a los constructores imperiales, ni hoy ni en un futuro previsible. Con más del 90% de la fuerza obrera del sector privado sin sindicalizar los trabajadores no sólo muestran poca influencia política, en caso de tener alguna, sino que ni siquiera disponen de una organización social que potencialmente pudiera reasignar el presupuesto hacia un mayor gasto social en vez de militar. Una de las grandes ventajas de los constructores imperiales estadounidenses sobre Europa e incluso Japón es precisamente su capacidad para explotar a los trabajadores (jornadas laborales más largas, inexistencia de un servicio de atención sanitaria nacional, de pensiones o de planes de vacaciones), despedir trabajadores de manera fácil y barata, y relocalizar empresas. La ventaja clave comparativa de los constructores imperiales estadounidenses frente a sus potenciales rivales europeos y japoneses se basa en el control de la clase obrera más atrasada del mundo industrializado.

Las sumamente explotadoras relaciones sociales de producción en EE.UU. proporcionan el excedente necesario para la expansión en el exterior y limitan las posibilidades de las clases asalariadas y de los cada vez peor pagados de cuestionar el declive de la República.

El argumento de la caída del imperio no puede confiarse a ningún derrumbamiento económico automático o rebelión interna o división importante entre los constructores imperiales económicos y militares. El imperio será derrotado desde fuera o nunca será derrotado. Sólo con derrotas externas vendrá la disensión interna o surgirá la oposición que pondrá en marcha a los explotados y a los pobres, en particular a la población negra e hispana. La particularidad del imperio estadounidense en contraste con Europa, Asia y otras partes es que carece por completo de una tradición de clase obrera o de un anti-imperialismo de izquierdas. En el pasado reciente la oposición estaba dirigida contra el “capital global” y las políticas y prácticas de las CMNs. Que el problema principal era el estado imperial estadounidense no tenía ningún sentido para el movimiento antiglobalización, excepto para una pequeña minoría. Ni siquiera a estas alturas el reciente movimiento contra la guerra ha tenido una comprensión de la naturaleza imperial-colonial de la guerra. Esto quedó patente con la subsiguiente desaparición virtual del movimiento contra la guerra una vez que esta comenzó. Durante la ocupación estadounidense, el dominio colonial y la matanza de iraquíes que protestaban contra la ocupación estadounidense y la destrucción de su economía, no hubo prácticamente ningún movimiento anticolonial. La única oposición interna duradera contra la política imperial estadounidense ocurrió durante la Guerra de Vietnam debido a la prolongada duración y a la eficacia de los movimientos de resistencia indochinos, la derrota de EE.UU. y el gran número de muertes y bajas de militares estadounidenses.



Los constructores imperiales actuales han aprendido de sus derrotas anteriores (no vacilan en lanzar ataques aéreos masivos, usar armas mini nucleares (bombas con la coraza externa de uranio enriquecido) y movilizar mercenarios de sus nuevos regímenes clientelares en Inglaterra, Polonia, Ucrania, etc.). Recurren al reclutamiento de miles de mercenarios privados subcontratados por el Pentágono para la implementación del Plan Colombia y la pacificación de los Balcanes. El problema de la “sobre extensión” no es por tanto un problema irremediable, sobre todo desde que la Unión Europea ha puesto en marcha un programa similar de fuerzas de despliegue rápido para invadir y ocupar países donde las clientelas estén en peligro o surjan movimientos o estados independientes.

La dinámica de la construcción imperial estadounidense está todavía en pleno apogeo aunque aparezcan fisuras y contradicciones profundas. El estado imperialista exige lealtad de su clase dirigente interna y de sectores sustanciales de una población fragmentada, con nivel de vida decreciente y chovinista, a pesar de la creciente inquietud del público a medida que aumenta la resistencia iraquí. La economía imperial sigue dominando los sectores claves de la inversión, el comercio y las finanzas mundiales por medio de sus multinacionales. Los constructores militares del imperio han establecido más bases militares en más regiones que nunca abrazando abiertamente una doctrina de guerra e intervención militar permanente en cualquier parte del mundo (con la aquiescencia de Europa y Japón).

¿Ha alcanzado su “punto culminante” el imperio estadounidense? Quizás. Pero los proyectos imperiales actuales son de más guerras. Se están consolidando nuevas redes imperiales coloniales. En América Latina la conversión del régimen de Da Silva al ALCA y la formación de un nexo “EE.UU-Brasil-México” garantiza a EE.UU. nuevos y más grandes mercados, y la puesta en marcha de enormes y privilegiadas oportunidades para las CMNs estadounidenses. El nexo EE.UU-Israel promueve una “Zona de Libre Mercado” en Oriente Medio dominada por las dos potencias.

Los promotores de la conquista imperial-colonial estadounidense no marcan límites, no experimentan ninguna restricción interna y disponen de cómplices gustosos entre las otras mayores y menores potencias, la mayoría de las cuales están deseosas de corregir su manso desacuerdo respecto a las tácticas estadounidenses en su carrera hacia la conquista iraquí. La evidencia está clara: la Unión Europea ha tomado el palo de EE.UU. para atacar con vehemencia y amenazas sin precedentes a Cuba, Irán, Corea del Norte, obteniendo meritorios puntos ante Washington. Sobre la base de la exitosa conquista estadounidense de Irak los constructores imperiales en la Unión Europea y Japón han decidido que es mejor unirse a la maquinaria de guerra estadounidense y compartir los despojos de la conquista que quedar excluidos en el futuro.

Si nuestros argumentos y evidencias se mantienen parece claro que las rivalidades imperiales, la oposición interna y la contradicción económica no jugarán un papel decisivo en el “declive del imperio”. Las luchas político-sociales de masas en las naciones colonizadas y estados clientelares son las fuerzas impulsoras llamadas a cuestionar la durabilidad del imperio, su longevidad y sus éxitos y fracasos. La resistencia popular de masas en Irak está retrasando las entregas de petróleo, minando la moral militar y presentando públicamente todos los desagradables rasgos totalitarios de una fuerza de ocupación sanguinaria. La fuerza de la guerrilla a gran escala en Colombia bloquea la expansión de las CMNs estadounidenses y socava las estrategias militares estadounidenses. La continuada resistencia Palestina bloquea la consolidación del Gran Israel y los planes EE.UU.-Israel sobre una más amplia zona de libre comercio. El levantamiento de las masas urbanas en Venezuela derrotó el cierre empresarial respaldado por Estados Unidos y minó los esfuerzos estadounidenses por monopolizar el petróleo desde Venezuela a Irak. El régimen revolucionario cubano sigue siendo modelo y esperanza de resistencia para cientos de millones en el Tercer Mundo.

Sólo cuando estas y otras luchas hagan estallar luchas radicales y levantamientos regionales más amplios, que hagan aumentar las víctimas estadounidenses y los costes, surgirá la oposición en Estados Unidos y la Unión Europea. Las potencias imperiales rivales pueden aprovecharse del declive para afirmar sus propios intereses imperiales y disociarse de un imperio desfalleciente.



La construcción imperial estadounidense no es simplemente un producto de la “acumulación a escala mundial” de EE.UU., ni tampoco los constructores militares del imperio han franqueado (“rebasado”) los límites de la posibilidad económica. La construcción imperial ha proseguido con altibajos durante más de medio siglo (acelerándose en el período reciente con la caída del bloque chino-soviético y sus aliados nacionalistas en el Tercero Mundo). Tanto Demócratas y Republicanos, como las administraciones de Clinton y Bush aprovecharon gustosamente las ocasiones para ampliar las bases militares, lanzar conquistas coloniales e imponer regímenes clientelares, aún cuando las justificaciones ideológicas hayan diferido entre los gobernantes. Los dirigentes de ambos partidos estadounidenses han subordinado la economía de la República al Imperio. Ambos partidos persiguen el ALCA (el primero lo promovió, el segundo lo puso en práctica). El sistema de partidos políticos estadounidense, el congreso, el sistema judicial y los medios de comunicación están totalmente incrustados en el sistema imperial. Los valores imperiales y los intereses de los fundamentalistas cristianos, ideólogos sionistas, civiles militaristas, banqueros y altos ejecutivos de las CMNs están enclavados en el estado imperial.

La mayoría de los ciudadanos estadounidenses que defienden el imperio no reciben el botín del imperio (más bien lo financian), pero todavía están imbuidos de una ideología racial-nacionalista que se arroga todo lo bueno para sí misma y lo malo para los críticos y adversarios externos del estado. El cambio sólo se producirá cuando la realidad de la resistencia y revueltas del Tercer Mundo socaven el deseo de conquista del ejército estadounidense. ■